

ROGELIO GUEDEA

El último desayuno

LITERATURA RANDOM HOUSE

El último desayuno

**Premio novela negra Gijón (Primera
novela)**

ROGELIO GUEDEA

*Para Blanca,
la única verdad*

Cuántas cosas quedaron
prendidas hasta dentro del
fondo de mi alma. Cuántas
luces dejaste encendidas; yo
no sé cómo voy a apagarlas.

JOSÉ ALFREDO JIMÉNEZ

Acerca del autor



Rogelio Guedea es un poeta, ensayista, novelista y traductor mexicano. Nació en la ciudad de Colima el 1 de abril de 1974. Es licenciado en Derecho y Lengua y Literatura españolas por la Universidad de Colima y doctor en Letras por la Universidad de Córdoba (España). Fue becario del Fondo para la Cultura y las Artes y director de la colección de poesía *El pez de fuego*.

Actualmente es columnista de los periódicos mexicanos *El Financiero* y *La Jornada* y profesor de tiempo completo en Universidad de Otago en Nueva Zelanda. El 15 de diciembre de 2008 se ha alzado con el 62º Premio Adonáis de poesía.

UNO

El último día que vi a Sara Pike fue en mi clase del miércoles, exactamente a las diez de la mañana. Estaba sentada, como siempre, en la silla junto a la pared, una pierna encima de la otra, la espalda recta. Llevaba una falda floreada, blusa blanca y el pelo suelto. Aún recuerdo su alegría cuando le confirmé que el primer examen del curso se había pospuesto. Lo haremos volviendo de vacaciones, el primer día de clases, dije mientras encendía el proyector y conectaba el cable de mi computadora a la toma de corriente. Aquella sesión transcurrió con la normalidad (y el desasosiego) de siempre. Si alguien volviera a preguntármelo, repetiría lo mismo: nadie habría sospechado que moriría horas después, a la hora del desayuno, en aquel día soleado. Sara Pike estuvo particularmente entusiasta aquella mañana. Participó en clase cada vez que así se lo requerí e incluso leyó un artículo sobre los modelos de familia española sin tropiezos, pese a que era extenso y no estaba bien escrito. Su español mejoraba cada día, aun cuando jamás hubiera estado en un país de habla hispana. Era su inseguridad, sin embargo, la que la hacía a veces tambalear, así que había días en que era imposible conseguir sacarle una palabra. Otros, en cambio, no había forma de callarla, como cuando discutimos, meses atrás, el tema de los viajes y comparamos la forma en que se viajaba en el pasado con la forma en que lo hacemos en la actualidad. Sara estuvo

de acuerdo en que podemos aprender de los viajes aunque los hagamos sin salir de casa, tan sólo moviéndonos de una habitación a otra, o de la sala al comedor, o del comedor al cuarto de servicio, o del cuarto de servicio al sótano. Aquel día me sorprendió que aludiera, exactamente de la misma manera, a un tema que yo había tratado en uno de mis microrrelatos, el cual había incluido en mi libro *Viajes en casa*, cuya portada les mostré a todos en ese momento, luego de abrir mi website personal. Días después, al término de una de las sesiones del club de español, Sara me confesaría que en realidad no había sido ninguna coincidencia, sino que había leído mi libro, que sacó de la biblioteca, y simplemente había reseñado tal microrrelato, el cual, según afirmó, le había gustado mucho. He dicho hace un instante que estuvo particularmente entusiasta aquella última mañana, pero en realidad debería matizar ese entusiasmo añadiendo también que, la verdad sea dicha, hubo momentos en los que estuvo seria y un poco abstraída, y sólo cuando le preguntaba sobre esto o aquello, o cuando leyó el artículo sobre los modelos de familia española, salió de su abstracción y se mostró jubilosa, para luego volver a su retraimiento. No es que la conociera como a la palma de mi mano, pero como ya había sido mi estudiante dos o tres semestres, tenía un registro bien calculado de sus estados de ánimo. Es una pericia que va uno adquiriendo con el tiempo. Desde el primer día uno sabe, de súbito, cómo son sus estudiantes, salvo contadas excepciones. De cualquier modo, el enfurruñamiento de Sara aquel último día no me inquietó, pues cuántas veces no pasa uno por lo mismo sin que ello signifique el advenimiento de ninguna catástrofe. Además, cada vez que participó —que no fueron pocas— lo hizo con la afable disposición de siempre. Cuando la clase terminó, apagué el proyector, me cercioré de no olvidar mi memoria electrónica y volví a mi oficina como el que vuelve al cuarto de dormir, después de haber pasado media hora plácidamente

sentado en el retrete. Que pasen un buen fin de semana, dije, sin levantar la vista, pero creo que la sala ya estaba completamente vacía. Era un día normal, no está de más repetirlo, con sol y viento, estudiantes entrando y saliendo de la biblioteca, y un pronóstico de lluvia al atardecer. Me encerré en mi oficina y me puse a terminar la traducción de "Hojas", el poema de Vincent O'Sullivan. O'Sullivan haría, a cambio, el prólogo de mi libro *Si no te hubieras ido*, que meses después publicaría Cold Hub Press. Sólo tuve una interrupción aquella tarde: Linda Brown, la jefa de la administración, para decirme que los fondos para mi conferencia habían sido aprobados. Y también para preguntarme, ahora recuerdo, sobre los resultados de mi electrocardiograma. Todo bien, mentí. Linda me dijo que tenía casi noventa días libres por enfermedad y que no dudara en tomarme un descanso, si lo requería. Lo haré, sin duda, contesté, con la esperanza de que se largara. No pude terminar el poema de O'Sullivan. Había unos versos que no lograba trasladar al español. ¿Estaba hablando sobre la pasada temporada de fresas o sobre la venidera? No tendría más remedio que escribirle un correo electrónico para salir de dudas. Lo hice y puse punto final al día.

DOS

Ese fin de semana fui a Wellington. Una ciudad bella, con más vida que Dunedin. Calles llenas de restaurantes y gente, músicos tocando en el famoso andador Cuba, un buen museo, un zoológico. Me hospedé en un pequeño apartamento ubicado en el corazón de la ciudad, a unos pasos de un restaurante japonés, donde comí mejor que nunca. El restaurante japonés se había esmerado en tener una barra giratoria, tal como las originales que uno encuentra en Japón, así que ir seleccionando los sushis de la barra me producía una extraña fascinación. Bianca me encontró en el restaurante, pocos minutos después de que terminara de comer. Vestía una blusa roja y unos pantalones de mezclilla ajustados, las uñas y los labios también pintados de rojo, poco usual entre las mujeres neozelandesas, dadas a salir de casa con la cara lavada, sin una gota de maquillaje. Siempre he creído que lo hacía para darse un toque latino, aunque se le notara artificial. Me dio un beso en la boca y se sentó. La expresión de sus ojos me indicó que tenía muchas ganas de verme. No te imaginas cuánto quisiera besarte, le dije, para romper el hielo, pues a las kiwis no les van los sentimentalismos. Yo también, replicó, y me volvió a dar otro beso, esta vez en la mejilla. Le dije que la estuve esperando hasta que ya no aguanté más. Me había sido imposible desayunar en el aeropuerto. Bianca me confirmó lo que ya sabía: su marido salió de casa más tarde que de costumbre y

eso le impidió escaparse antes. Le acaricié una mejilla. Fuimos a la caja y pagué. Le dije a la cajera que por favor le dijera al cocinero que la ensalada de pulpo le había quedado fantástica. La cajera sonrió y dijo que sí con tres movimientos de cabeza, uno cada vez más abajo que el anterior, hasta casi tocar el suelo, como buena japonesa. Salimos del restorán y fuimos sin extravíos a mi departamento, pues Bianca y yo teníamos muchas cosas que hacer ahí dentro. Recuerdo que luego de hacer el amor, Bianca me habló de que tenía planeado divorciarse. La relación con su marido no iba bien, lo que no me sorprendió, y cada vez era más difícil sobrellevar incluso la más mínima conversación. Los hijos de por medio, como siempre, eran un impedimento. Pero..., dije. No te estoy pidiendo nada, interrumpió. Yo no podría dejar la empresa y yo sé que tú tampoco te alejarías de la universidad. Sus palabras me tranquilizaron. Pero ya no nos tendríamos que ver en este agujero, dijo, y parecía que estuviera recitando una típica novela rosa. No afirmé ni negué. Un rayo de sol se echó sobre su cuerpo desnudo, haciéndolo resplandecer. Se untaba en su piel como se unta la mantequilla en el pan tostado. Se levantó y salió al balcón, por uno de cuyos vértices se podía atisbar el mar. Desnuda, acercó una silla y se sentó. La estuve observando fumar. El humo de su cigarrillo se confundía con una ventisca de neblina que anunciaba la caída del atardecer. Me levanté y fui al baño. De pronto me imaginé que la que estaba afuera, desnuda, fumando, era mi ex mujer y no Bianca. Escuché incluso el murmullo de unos niños en la habitación contigua, mis hijos, el rechinar de la cama sobre la que solían brincar. Hospedarse en hoteles, sobre todo que tuvieran Sky, los ponía locos. De haber estado juntos me estaría preparando para llevarlos al zoológico o al museo; y no estaría aquí con esta mujer que aún no sé quién es, ni siquiera podía recordar el tiempo que llevaba con ella, pues cada vez que me encontraba con ella

era como si la estuviera viendo por primera vez. Salí del baño y volví a echarme en la cama. Bianca entró expidiendo el resto de humo que le quedaba en la boca. ¿No se caerá este edificio?, pregunté. Qué va. Nunca ha pasado nada, dijo, y yo no pude evitar ver la fila de hombres con los que se había acostado antes de acostarse conmigo. ¿Cinco? ¿Diez? La última vez equivocó mi nombre. ¡Así, Danny!, gimió. Ni siquiera se percató del embuste. Ni yo tampoco quise corregirla. Bianca se acostó en la cama y, luego, en mi regazo. Cuando volteó a verme, le dije: es el último día que nos vemos. No sé por qué se lo dije. Ahora que lo recuerdo, no había motivos para decir nada, sólo se trataba de quedarme abrazado a ella, hasta el anochecer. Pero lo dije, como uno dice, de pronto, lo que está pensando para uno mismo. ¿No te ibas el lunes temprano?, preguntó sin volver la mirada hacia mí pero fijándola más allá de la ventana, hacia la chimenea de un KFC que expedía más humo que una locomotora. No me refiero a eso, le dije, y detuve mi mano sobre su antebrazo. Me refiero a que ya no nos volveremos a ver más. Bianca arqueó las cejas, constriñéndolas, pero su cuerpo permaneció inmutable, como si parte de él no hubiera entendido lo que le estaba diciendo. Era claro que no entendía nada. Ni yo tampoco, pero me mantuve en la misma postura. ¿Estás hablando en serio?, preguntó, sin moverse. Sí, le dije. Bianca se libró de mis brazos y se levantó de la cama. Fue a la mesa, cogió otro cigarrillo y lo encendió, intentando fijar bien los pies sobre el suelo que pisaba. Está prohibido fumar aquí, advertí. No le importó. Dio una jalada. ¿Estás hablando en serio?, volvió a preguntar. Totalmente, asentí. En un momento pensé decirle que todo era una broma, algo que se me había ocurrido justo entonces, a causa del dolor que me produjo pensar en esa fila de hombres con los que se había acostado antes de mí, una ocurrencia del ocio, un mero disparate, pero volví a sostenerlo: lo que te he dicho es lo que es. No volveremos a

vernos más. Mi cuerpo permaneció inmutable, dentro de las sábanas blancas, desnudo. Bianca aplastó el cigarrillo en la mesa y empezó a vestirse, sin decir una sola palabra. Se enfundó el pantalón, la blusa, su rostro inexpresivo. Fue al baño y estuvo dentro cinco o diez minutos. Salió con la boca pintada, como si en realidad viniera de un retiro espiritual y su vida hubiera tomado un rumbo completamente distinto. Cogió su bolsa y se marchó. Sin decir una sola palabra.

TRES

Pasé parte de esa noche en un bar que estaba frente al edificio. Creí que Bianca volvería, pero lo creí nada más por creerlo, porque ya conocía que su orgullo no tenía rival. Era un bar con las paredes de madera, espejos en las esquinas y los pilares llenos de fotografías que el dueño se había tomado con clientes y personajes de fama mundial. Me senté en una mesa junto a la entrada. Pedí una cerveza. Me sentí, por un instante, libre. Hasta ese momento me di cuenta del yugo que era Bianca, siempre avasallándome con sus mensajes de texto al celular o sus llamadas nocturnas, su voz apagada, en un rincón de su cuarto de baño, para evitar ser escuchada por su marido. O sus hijos. Por fin experimentaba una libertad interior que tenía mucho que no sentía, ni aun en los años asfixiantes con Maki, mi ex mujer. Bebí la cerveza de un sorbo y me reí un par de veces solo, como un loco. Me sentía liberado, sin una agenda que seguir ni un compromiso que cumplir, menos una promesa o un deseo. Descubrí que una mujer que estaba en la barra, ya entrada en años, marchitado el rostro como una lija, tenía varios minutos observándome. Sentía su pesada mirada sobre mi espalda, densa como el vino tinto que bebía. Volteé y le hice un movimiento de cabeza. La mujer vino inmediatamente a mi mesa y se sentó en la silla de junto. Me acarició la pierna y me preguntó qué estaba haciendo un hombre tan guapo solo en un bar de mala reputación. Hasta

ese momento supe que el bar tenía mala reputación y que yo era un hombre guapo. Como ya sabía lo que quería, le dije que estaba por irme. Estuvimos todavía charlando de cualquier cosa una media hora más. Después pagué (mi cuenta y la suya) y me largué. Caminé por el Waterfront sin ninguna prisa, sintiendo el aire en la frente y las luces que brillaban en las olas del mar, contra la bahía. El aire era arrebatado pero no frío, como en Dunedin, y eso lo agradecía. Si algo odiaba de Dunedin era el aire antártico, imposible de contrarrestar. Me senté en una banca frente a un barco encallado, próximo a una explanada de bares, parejas bebiendo café o vino, charlando, mientras el viento que emergía del mar se iba de bruces contra los contrafuertes del muelle, igual que los pelícanos heridos contra los mástiles de los barcos pesqueros. Me levanté y continué caminando hasta Cuba Street, donde un grupo musical tocaba salsa y una mujer de carnes duras y pelo chino bailaba con un negro que llevaba una cadena de oro colgándole del pescuezo. Me senté en el borde de la fuente y me puse a observarlos. Encendí un cigarrillo que fumé apaciblemente. En un restorán de la esquina, donde había departido con los embajadores de Cuba y Argentina aquel día que vine a dar una conferencia sobre la violencia en México, invitado por la embajada mexicana, cené una ropa vieja cubana con una copa de vino tinto. De pronto sentí que esa paz que experimentaba era el anuncio de alguna otra crisis, una sombra alargada que se aproximaba, como tantas veces me había sucedido. Mis nervios, tal vez, no darían para tanto esta vez. No resistirían la misma embestida que había sufrido hacía apenas un año y que me había mandado sin remedio al psiquiátrico. Detuve el pensamiento que empezaba a crecerme dentro como una bola de nieve, y fijé la vista en el hombre que tocaba en el restorán. Un negro entrado en años, de quijada pronunciada y labios gruesos. Traía un gorrito de cuadros, blanco y negro. Tocaba el saxofón. La

noche parecía una gruesa sábana negra extendida sobre las cabezas de los comensales. Pagué la cuenta y abandoné el lugar con cierta impaciencia. Revisé el teléfono y encontré una llamada perdida. Era Bianca. Miré el reloj. Era demasiado tarde para devolvérsela. Volví al departamento caminando. En la esquina de la calle York vibró el teléfono. Era otra vez Bianca. Iba a apresurarme, como siempre, a contestarle, pero detuve el pulgar a medio camino. Regresé el celular al fondo del pantalón, luego de desactivar el vibrador. Un hombre de pelo oxigenado, jersey azul de mangas largas y pantalón de deporte me miró estrápticamente desde el otro lado de la acera. Lo saludé con un movimiento de cabeza, pensando que me regresaría el saludo de la misma manera y todo se convertiría en un hecho trivial, pero el hombre no se inmutó; siguió mirándome fijamente, con una de esas miradas que suelen esconder siempre un mal presagio. Seguí de frente, pero observando de reojo sus pasos apresurados, al compás de los míos, y su mirada hacia mí: tuve miedo. Quise voltear para ver si no se trataba del esposo de Bianca, quien tal vez me seguía en busca de venganza, pero cómo saberlo si apenas tenía una descripción borrosa de su rostro: ojos pequeños, nariz pronunciada, pelo rubio, anteojos. Alguna vez usó lentes de armazón, advirtió aquel día Bianca. No era suficiente. Este loco de ojos dilatados podría ser un condenado prófugo del mismo corredor de la muerte. En la siguiente esquina di vuelta a la derecha y apresuré el paso. Miré hacia atrás pensando que lo vería seguirse de largo, pero advertí, de pronto, que volvía a aparecer en la esquina, girando en mi dirección. Crucé a la otra acera y continué recto, hasta que ingresé en un pequeño establecimiento donde llevaban a cabo una degustación de café. Extendí la mano para tomar una pequeña muestra, mirando por encima de mi hombro, no fuera a ser que el hombre me encajara un puñal por la espalda sin que me diera cuenta. Lo vi seguirse

de largo, ahora mirando hacia otro hombre que caminaba en la misma dirección que yo momentos antes. Sentí, de pronto, que me quitaban un grillete del pescuezo. Sorbí el café y me quedé a escuchar la explicación del barista. Contaba la historia de un comerciante armenio que había hecho de intérprete durante la ocupación de Viena por los turcos, y que se convirtió, según el mito, en el fundador del primer café de la capital austriaca. Escuché con delectación los detalles, pero los olvidé al paso de los días. Bebí otro café y salí del establecimiento, todavía con la sensación de que alguien me perseguía. Volví al departamento. Me di una ducha con agua caliente y me escurrí en la cama. No supe a qué hora caí dormido. Un ruido de llave entrando en la cerradura de la puerta principal del departamento me hizo levantarme de un salto. Era la recamarera. Vi el reloj: faltaban escasas dos horas para mi vuelo de regreso. Tuve ganas de quedarme un día más, perderme en las calles otra vez, tirarme en el mar y cruzar el océano, pero mi clase del lunes empezaba a las nueve de la mañana y poco antes tenía reunión con mi estudiante de posgrado para discutir las reflexiones de Octavio Paz sobre la democracia hindú, de *Vislumbres de la India*. Me enfundé en los pantalones y salí corriendo.

CUATRO

Salía de la cocineta del departamento rumbo a mi oficina cuando encontré a Esther, una de las secretarias. Estaba a punto de tocarme la puerta. Me miraba con unos ojos de plato, mientras me aproximaba a ella. Abrí la cerradura y la invité a pasar, creyendo que me increparía por no haberle entregado el borrador del examen de fin de curso dentro de la fecha indicada. Apretaba un puñado de hojas contra su pecho, tal vez las minutas de nuestra última reunión de programa. Medio pelo le caía sobre el ojo izquierdo. Me senté y le pregunté en qué podía ayudarla. Cerró la puerta tras de sí, poniéndole el seguro, luego rodeó mi escritorio y se acercó un poco más de lo que los neozelandeses suelen aproximarse a otras personas, no vaya a ser que se contagien de algo. Encontraron muerta a Sara Pike, escupió. Nada me dijeron sus palabras, aun cuando intenté relacionar su tribulación con la información que me daba. De hecho, sin saber a lo que estaba refiriéndose, en un momento pensé que se había equivocado de destinatario. Como Esther descubrió esa indiferencia en el rictus que apareció de súbito en mi boca, agregó: sí, Sara Pike, tu estudiante. La encontraron debajo del puente, junto al río. Esther dio media vuelta y señaló en dirección al río, aun cuando en lugar de ventana tuviera un muro enfrente. Yo seguí la trayectoria que me indicaba su dedo índice, crucé por la oficina de apoyo a discapacitados, atravesé el jardín de niños, pasé por

encima del puente y bajé la pendiente del pastizal. Vi el cuerpo de mi estudiante Sara Pike ahí, de golpe, bocabajo, semidesnudo, o quizá bocarriba y embadurnado de lodo. ¿Y cómo fue?, pregunté, todavía sin desviar la vista del cuerpo blanquísimo, el pelo aún trémulo sobre el agua. Al parecer le dieron un balazo en la cabeza, por la espalda. ¿Un balazo en la cabeza? Sí. Me extrañó que alguien se hubiera atrevido a disparar un arma dentro del campus universitario o en sus cercanías. Si bien el puente quedaba a una distancia considerable del complejo de edificios, a unos cuantos metros estaba la torre de negocios y un poco más arriba la residencia de mayor número de estudiantes, precisamente donde Sara Pike vivía. ¿Y han detenido al asesino?, volví a preguntar, al tiempo que imaginaba a un puñado de estudiantes rodeando el cuerpo de su ex compañera, el arribo de la policía al lugar del crimen, una ambulancia; también pude ver cómo la sacaban del agua, con sus brazos alargados, como abrazándose a esa enorme piedra donde habían encallado sus escasos veinte años, luego de caer, o cómo la arrastraban por el lodo, jalada por las piernas, dejando un rastro infame en la tierra mojada. También pude ver cuando la tendieron al lado del río y la introdujeron en la bolsa negra de plástico con cierre en el medio, o simplemente le colocaron encima una sábana blanca por la que asomaban sus pies delgados, con las uñas de los dedos pintadas de un azul tenue, como el azul con que se pinta el cielo en las acuarelas. No, dijo Esther. ¿No qué? No saben quién es. Esther me contó que la encontraron el viernes, en la tarde, pero que había desaparecido desde el miércoles, al mediodía. Estaba al parecer debajo de un breñal de ramas y hojarasca. Un par de horas antes había estado en mi clase, sin dar señales de traer encima de la espalda ningún problema, aun cuando le había notado un ligero ensimismamiento, que tal vez pudo ser una falsa percepción. Se lo expliqué a Esther de esa manera, como el que habla de

un sentimiento lejano y ajeno, y fue entonces cuando Esther se inclinó un poco para decirme algo que no entendí. Lo dijo entrecerrando los dientes, apretándolos contra la lengua, así que le pedí que me hablara un poco más fuerte. Lo que me dijo me hizo darme contra el respaldo de la silla. La policía me estaba buscando para entrevistarme. Era un poco absurdo y a la vez normal, habiendo sido yo su profesor y habiéndola visto algunas horas antes de su muerte; pero ¿por qué tenía miedo? ¿Habría hecho algo malo sin saberlo? Desde niño me acostumbré a pensar que era culpable de haber hecho algo que no sabía qué era. Como fui un niño problema e iba destruyendo el mundo a diestra y siniestra, sin darme bien cuenta de lo que hacía, siempre que me llamaban de la dirección de la escuela era para enterarme de que había roto una silla, quebrado las ramas de un árbol o golpeado en la cara a un pobre inocente. Y cuando digo *enterarme* era precisamente eso: enterarme, porque siempre fui incapaz de ser consciente de mis estropicios. Esther me notó alterado, las manos temblorosas, la mirada turbia: no hay problema, atiné a decir. Con gusto les informaré lo que sé. Lo dije con cierto aplomo, pero aun así me sentí poco convincente. Esther me miró un instante y después me preguntó si podía darle al detective mi teléfono de casa y mi número de celular. Le contesté que por supuesto y luego se fue, cerrando de nuevo la puerta tras de sí. Me quedé con la espalda recostada en el respaldo y con las pantorrillas entumidas. De haber querido levantarme en ese momento, no habría podido. Permanecí algunos minutos más mirando a través de la ventana. El cristal reflejaba, emborronado, el rostro de Sara, su pelo lacio hasta los hombros, la espalda recta. Llevaba siempre un arete redondo, negro, en la oreja izquierda, en el extremo opuesto al lóbulo. Un arete discreto, casi imperceptible. Para desembarazarme del agravio, fui a la biblioteca a llevar unos libros que había pedido prestados unas semanas antes para mi curso sobre Madrid: *España,*

aparta de mí este cáliz, de César Vallejo, y *España en el corazón*, de Neruda, además de algo más sobre la Guerra Civil española, la generación del 98 y Miguel Hernández. En el camino de regreso, antes de subir de nuevo a mi oficina, no pude evitar olisquear en la escena del crimen. Hay cosas que uno no debe hacer, porque dicen que los asesinos siempre regresan a la escena del crimen, pero no había en mi caso nada de que preocuparse, a menos que hubiera pasado por un estado amnésico, como ese que padecía Bourne, y no recordara el siniestro que había cometido. La idea me sobresaltó, de súbito, pero después me convencí a mí mismo de su imposibilidad. Seguí la misma trayectoria que había recorrido cuando Esther Wells me señaló la dirección donde había quedado el cuerpo de Sara: atravesé el jardín de niños, luego el puente, y llegué a un área que todavía presentaba restos de los cordones con que se protegen las zonas del crimen, blanco con letras rojas. Gracias a una mancha de sangre en la tierra apisonada y sobre un borde del machuelo del puente pude ubicar más o menos dónde habían encontrado el cuerpo, la trayectoria que había seguido y cómo había llegado hasta ahí. Era como si yo mismo hubiera seguido a la víctima y al victimario, o yo mismo fuera este último. Estuve unos minutos intentando imaginar lo que había sucedido aquel mediodía; sentía que tenía en las manos material para la siguiente novela, tal vez para empezar una nueva trilogía, tomar notas, curiosear o simplemente satisfacer el morbo que siempre me han producido estos crímenes, desde que trabajé en el Ministerio Público en México. ¿Quién podría haber sido el asesino? Luego de remover varias veces la tierra con la punta del zapato, emprendí el camino de regreso, sólo que por el camino opuesto del puente, para poder atravesar el interior del edificio de negocios, pasar por enfrente de la residencia de estudiantes donde vivía Sara y luego regresar a mi oficina por el camino interior de rectoría, bordeando el río. Eso fue

lo que hice; sin embargo, al llegar a la residencia me detuve debajo de uno de los árboles que salvaguardan el edificio de rectoría. Recargado en el tronco estuve unos minutos mirando hacia la residencia, imaginando cada rincón de la habitación donde dormía Sara Pike, ahora vacía, y preguntándome si ya habrían recogido sus pertenencias. Me intrigaba saber cómo había ocurrido todo, pero no tenía nada en las manos, ni siquiera para fantasearlo. Volví a mi oficina, como dije, bordeando el río, como un ladrón que escapara por un pasadizo secreto. Salí al edificio Richardson, luego de cruzar el pequeño puente del restorán del profesorado, y subí otra vez a mi oficina, en el tercer piso de la División de Humanidades. Cerré la puerta y sentí un ligero mareo, como si alguien me hubiera sacado de debajo de los pies la alfombra sobre la cual había estado parado momentos antes. Vino luego una leve pérdida de la ubicación y, segundos después, todo volvió a la normalidad. O al menos eso quise creer.

CINCO

Había dormido mal la noche anterior, debido a una pesadilla en la que me veía corriendo por una planicie a una velocidad fuera de lo normal, pero con la peculiaridad de que a medida que avanzaba se me iban cayendo, uno por uno, los miembros del cuerpo: un brazo, luego el otro, una pierna, luego la otra, así que decidí salir de la oficina e ir al desayunador del departamento a comerme un sándwich de huevo con papa, tocino y jitomate que había comprado en la cafetería junto al Warehouse. Mientras lo engullía, Liz, la asistente de la administración, entró al desayunador llevando unas galletas de jengibre y una jarra de café. Me miró rápidamente, más bien porque no tenía otra opción, y esbozó una sonrisa de hiena. Luego colocó la jarra y las galletas sobre la mesa y se alcanzó una taza del pequeño pretil del esquinero. Sólo entonces me dijo buenos días. Un *buenos días* distante y que contrastaba con la amabilidad que siempre me había dispensado. Liz era una mujer que rayaba ya los sesenta y a quien, pese a su edad, solía encontrar corriendo por las avenidas, incluso en los días de invierno, metida la cabeza en un gorro que más bien parecía un iglú. Le ofrecí un poco de mi sándwich, sabiendo de antemano que no lo aceptaría. Efectivamente, negó con un movimiento de cabeza. Dejó la taza de café sobre la mesita, cogió la bandeja de galletas y me la extendió. Gracias, sí, y tomé una o dos. Son muy buenas, dijo Liz. Aproveché para decirle que el

sabor del jengibre, el garbanzo y las semillas de ajonjolí era algo que no podía resistir. Coincidió conmigo en el ajonjolí y me explicó que ella lo consumía mucho en ensaladas, especialmente con hojas de espinaca. Liz, de súbito, se relajó, como si aquello que la contrariaba de mí se le hubiera disuelto en alguna parte del corazón, luego de nuestro acuerdo sobre el ajonjolí. Saqué el tema de mi estudiante Sara Pike y ella no tardó en contarme que efectivamente se había enterado del asunto porque la hija de una amiga de una amiga suya era su compañera, y le había contado la historia a su madre, primero, y a su amiga, después. Arqueé las cejas incitándola a que me diera pormenores. Liz dio un sorbo a su café, mordió una galleta con el filo de uno de los incisivos, se limpió con el dorso de la mano unas moronas que le habían caído sobre la falda y me dijo que la amiga de Sara Pike, de nombre Jeremy, con la que compartía habitación, fue la última que la vio. Esa mañana Jeremy desayunaría con una amiga suya, en el desayunador junto a la biblioteca, donde habían quedado de verse. Al parecer, Sara le mostró a Jeremy intenciones de ir, e incluso prometió que la alcanzaría en unos minutos porque tenía que arreglar un poco su habitación. Jeremy se fue y se encontró con la otra amiga, con quien desayunó; pero Sara ya no volvió. Jeremy pensó que habría tenido alguna cita que atender, como solía suceder, por lo que nunca imaginó nada hasta la tarde que volvió a su habitación y Sara seguía ausente. ¿Quién la encontró entonces?, pregunté. Uno de los vigilantes, en la búsqueda que emprendieron, porque fue difícil dar con ella. Los padres de Sara tuvieron que venir de Timarú, de donde son Sara y Jeremy, y de donde es el novio de Sara. Ya entiendo, dije. ¿Y qué fue del novio?, pregunté, dejando entrever la obvia posibilidad de que el novio hubiera sido el asesino. El comandante le tomó la primera declaración, pero al parecer no estaba en el campus a esas horas. Seguro la policía estará haciendo ya las

averiguaciones. Es todo muy extraño. Liz estiró de nuevo la mano y cogió su taza de café. Puso los labios sobre el filo de la taza y se quedó pensando. Yo mordí mi sándwich una, dos, tres veces, sin intervalos de por medio y con dentelladas rápidas, como de rata, y pude ver cómo Liz me miraba, mientras elucubraba. Me observaba de una forma distinta, como buscando en mí alguna señal falsa, o una contrariedad. Volví a morder mi sándwich. Fue una buena estudiante, dije. Era la representante del grupo. Lo dije sin voltear a verla. Además, coordinaba el club de español. Es verdad, dijo Liz, y esta vez fijó la vista en la bandeja de galletas. Sabía que había dicho lo que estaba esperando oír. Por eso agregué: me gustaba unirme al grupo, para animarlo un poco. Alargué la mano y cogí una o dos galletas más. Liz palideció y carraspeó. Confirmó, entonces, que le estaba diciendo lo que esperaba oír. Y yo no podía callarme. Ya había empezado y no quería callarme, así que le di los pormenores. Terminada la hora de conversación, nos quedábamos a tomar una cerveza algunos cuantos estudiantes, entre ellos Sara. Más de una vez estuvimos solos Sara y yo, porque el resto tenía algo que hacer. Conversábamos de literatura, que le interesaba mucho, además de que escribía poesía. ¿Sabes que es autora de un libro para niños? No, dijo Liz, y bebió más café, mordió otra galleta, se sintió acorralada. Mi tono era un poco intimidatorio, a decir verdad, pero no podía ser de otra manera: me ofendía que dudara de mí tan descaradamente. Sí, es autora de un libro para niños, *El pingüino y la avispa*; breve, pero magistralmente bien escrito. Le apasionaba México y estaba preparándose para un intercambio. Por supuesto que la iba a ayudar. A veces salíamos juntos del restaurante y caminábamos por la acera de enfrente de la universidad, la que rodea todo el campus, hasta mi automóvil. En alguna ocasión la acompañé hasta la residencia, pero no podría precisarlo. Tal vez sí, pues en ocasiones encontraba estacionamiento sólo en esa área,

cercana a la residencia. Liz terminó su café y, apenas concluí mi crónica, se levantó y dijo que volvería a sus labores. Que te vaya bien, Liz, me despedí levantando la mano, como se despide un cabo de su sargento, y luego de unos minutos también me incorporé. Tiré la servilleta en la basura y volví a mi oficina. Busqué en mi computadora la correspondencia que había sostenido con Sara, pero sólo encontré lo correspondiente a los últimos dos o tres meses. Lo anterior era imposible recuperarlo: había cambiado de computadora e incluso de programa, y seguramente había borrado todos los archivos, con lo cual la posibilidad de saber si había dejado rastros de algo anormal que hubiera escrito o hecho durante mi relación con Sara quedaba en vilo. Imposible saberlo. La idea misma me ponía los pelos de punta. Apagué la computadora y dejé mi oficina con la intención de salir del edificio para tomarme un café. Quería pensar despejadamente. En el ascensor encontré a Linda, que salía a su hora de desayuno también. Me saludó con una mueca, su rostro imperturbable y su mirada hurgando dentro de mis ojos. En el ascensor nuestra conversación fue entrecortada; hablamos del clima, tal como lo hacen dos desconocidos. Seguramente también sospechaba de mí. ¿Le habrían advertido algo? Era la primera vez que caía en la cuenta de ello y que incluso lograba articular la palabra *sospecha*. Linda salió del ascensor diciendo un *bye* precipitado; giró a la izquierda y se fue por la salida de emergencia. Yo, en cambio, seguí hacia adelante, saliendo por la puerta que da a la biblioteca. Fui a la cafetería y compré un café, que bebí sentado en uno de los sillones del link, justo en la pasadera de estudiantes que iban y venían hacia las oficinas de la Asociación de Estudiantes o hacia el edificio Castle. Apenas estaba olvidándome del asunto cuando timbró mi teléfono. Era mi ex mujer, quien preguntaba si podía recoger a Julio de la escuela para llevarlo a su entrenamiento de fútbol. Le dije que sí, a las tres ahí estaría. Lamenté no poder ir al

campeonato de Nelson. Me habría gustado formar parte de esa travesía, gritar en cada juego, pero con mi mujer las cosas andaban un día bien y otro mal, y nunca se sabía, así que desde hacía tiempo había optado por responder nada más a lo que ella me indicara. Si me llamaba, atendía su llamada. Si no, no lo hacía. Con mi hijo, como ya empezaba a usar celular, podía comunicarme de vez en cuando a través de mensajes: me gustaba recordarle que lo quería; pero lamentaba que eso no fuera posible con mi hija, que aún no estaba en edad de valerse por sí sola. Mi ex mujer, eso sí, seguía ayudándome en lo que podía. Cuando las crisis me llegaban a mitad de la noche, no le molestaba que la llamara para charlar con ella; su voz conseguía hacer que mis pies volvieran a pisar tierra, de otra forma no habría tenido más remedio que tomarme un ansiolítico o una pastilla para dormir. Era un pacto. Nada podía tranquilizarme como su voz, como si en algún momento algo en mi interior hubiera establecido una alianza irrompible, una especie de acuerdo tácito. Ninguna otra mujer lograba darme el sosiego que ella me daba. Por eso a veces me preguntaba por qué carajos me había dejado. Lo sabía, sí, pero en ocasiones no quería admitirlo. Al final de nuestra conversación le pregunté si podía verla aunque fuera unos minutos después de dejar a Julio en casa; me dijo que lo sentía, pero que estaría Tom, su nueva pareja, para la cena, y las cosas en ese momento no marchaban bien entre los dos. Si quieres me llamas en la noche, anda, resolvió. Está bien, le dije, resignándome, como si el nombre de Tom, salido así de su boca, no me hubiera retorcido las tripas.

SEIS

Regresé de la copiadora del departamento, adonde había ido a destrabar unos ejercicios que necesitaba para la clase de lengua, y me encontré con el teléfono de mi oficina sonando. Casi no lo escucho porque lo tengo con el volumen bajo. Tampoco lo contesto normalmente, pero esta vez pensé que se trataría de Francisco, que había estado buscándome desde la noche anterior. Contesté. Del otro lado, una voz sin estridencias me informaba que hablaban de la policía, de parte del detective John Riley, para concertar una entrevista conmigo. Me puse inmediatamente nervioso, aunque intenté que no se me notara. Dije que lo haría con gusto, mostrando en lo posible naturalidad, pero con los labios serpenteándome. Acordamos que pasaría a la comandancia ese mismo día, por la tarde. No sé cómo pude dar la siguiente clase. Hablé de Neruda y César Vallejo en el contexto de la Guerra Civil española. Leímos un par de poemas. Incluí las *Nanas de la cebolla*, de Miguel Hernández. Les hablé a los estudiantes de los días en que éste estuvo preso injustamente, mientras su esposa y su hijo se alimentaban de pan y cebolla, entre la pobreza y la desesperación. Una de mis estudiantes leyó el poema en voz alta, dramáticamente. En algunas partes se detuvo porque estaba incontenible; sus manos no podían ni sujetar el libro. No es tanto que me duelan estas palabras, dijo, me duele imaginar al niño; es el rostro del niño el que tengo fijo en la

cabeza, comiendo pan y cebolla, frágil, muriéndose. Terminé la clase con la promesa de traer más poemas de Miguel Hernández y leer algunos otros de Lorca, quien también fue asesinado durante la Guerra Civil. Salí de la universidad y fui al hospital para apartar una cita con mi psiquiatra. A pesar de que la conversación que había sostenido con Maki la noche anterior había sido fructífera —al menos me había permitido dormir sin contrariedades—, poco después de despertar me asaltaron los pensamientos intrusivos, el hueco en el estómago, la idea de que podía ser atravesado por una viga de costado a costado. Me dieron cita para el día siguiente, luego de que le repetí a la enfermera que no me sentía nada bien. Conseguí que mi doctor me atendiera y no un practicante. Así sería, pues justo acababa de llegar de viaje hacía un par de días. Por cierto, me dijo la enfermera, el doctor recibió su libro, dijo que muchas gracias. Me tranquilizó conocer la noticia, pues no había recibido ninguna confirmación por parte del doctor, a quien además le había escrito antes un correo electrónico para avisarle del envío de la versión en inglés de mi libro *Free Fall* y expresarle mi agradecimiento por sus atenciones. Siempre me ha gustado establecer relaciones de amistad con mis doctores. Siento que de esta forma serán más condescendientes o, por lo menos, menos apáticos. Además, pensé que confesándole que era escritor, y dándole incluso la evidencia, entendería mis tribulaciones más fácilmente. Se lo dije en mi primera entrevista, pero como para la gente escribir un versito o una carta a una amiga querida ya es ser escritor, el envío de mi libro le daría a mi afirmación otro matiz. Me gusta, además, tener un trato preferencial, sentir que el doctor no está frente a una máquina sino frente a un ser humano, y que no dudará en tratarme como tal; incluso que, por esa misma cercanía, me prevendrá de riesgos de los que en otras circunstancias los médicos prefieren no advertir. Salí del hospital y fui al supermercado para comprar un poco de

fruta, carne, vino, pan. Desde mi separación con Maki mi vida era un desorden. Comía mal y me vestía peor; el pequeño apartamento donde vivía era como uno de esos grandes contenedores de basura que hay en las colonias marginales de los países tercermundistas; no hacía sino rondar por las calles en las noches. Cuando Maki y yo vivíamos juntos no me alcanzaba el tiempo y quería al menos un día o dos de soledad para poder escribir a mis anchas, sin ella y sin los niños, tal vez mandarlos de viaje. Rogaba poder levantarme en pantalón de dormir, camisa de manga corta, y permanecer así todo el día, sin siquiera meterme el peine por la cabeza. Pero sin ella tenía horas vacías y dolorosas, sobre todo cuando caía en la cuenta de que tal vez separarnos no había sido la mejor determinación, y menos después de que Maki encontró a Tom. En el fondo sabía que si le pedía volver ella aceptaría, pues fueron muchos años de vivir juntos, noches de cruzar pantanos y lagos, celebrar días azules y negros, primero sin hijos y luego con ellos; pero temía que si me decía que no, si me aseguraba que me amaba pero que era mejor dejar así las cosas, sin ese ruin subibaja que fue nuestra vida juntos, me pondría en peor situación. Sólo de saberlo me habría ido en picada, a un agujero negro y desesperanzador. Por eso no lo hice. En el estacionamiento del supermercado encontré a mi colega Sergio Biggemann, un boliviano que trabajaba en el Departamento de Negocios de la universidad. Me preguntó si me pasaba algo; preferí decirle que nada. Seguro me notó una expresión distinta. Aproveché para preguntarle cuándo desayunábamos juntos, como lo acostumbrábamos antes. Me dijo que saldría de viaje pero que regresando lo hablábamos. Nos dimos un abrazo y quedamos en reencontrarnos pronto. Fui a mi apartamento, dejé la despensa, tomé una ducha rápidamente y comí de pie: un pan embadurnado de frijoles y un chile frito. Le di dos tragos a una Coca-Cola que estaba sobre el pretil y me puse a perder el tiempo en internet;

hurgué en el perfil de Maki en busca de cualquier anomalía, usando la cuenta falsa que había creado para ello. Aparecían unas cuantas fotos, de ella y de algunas amigas, pero nada más; nunca logré encontrar nada fuera de lo común en los comentarios sobre sus fotos, salvo algunos *likes* de Tom y un “¡qué linda!” a propósito de una de las imágenes que yo mismo le había tomado en la playa. No sé por qué insistía en buscar lo que tanto me dolía. Cerré la computadora y salí del apartamento rumbo a la estación de policía, pero antes pasé por gasolina a la estación cercana al Óvalo. Entré en la oficina de la comandancia más bien impasible, como si en realidad no tuviera nada que temer. ¿O sí tenía algo que temer? ¿Me encontraría —como me encontraba cuando me llamaba la directora de la secundaria — con alguna sorpresa? El detective John Riley me recibió a la entrada de su oficina, cuya puerta era de cristal y se abría corriéndola de un lado a otro. Me pidió que me pusiera cómodo, recorriendo una silla hacia atrás. Se acomodó la corbata. De una percha pendía su saco. Se sentó y encendió una grabadora. Me explicó cuál era el motivo de la cita y me pidió que le dijera lo que sabía del incidente y que le hablara de mi relación con Sara. Le dije exactamente lo que sabía. Que la había visto esa mañana en clase y que luego de regresar de un viaje a Wellington, el fin de semana inmediato posterior, me enteré de que la habían encontrado muerta. El oficial me pidió que precisara cuándo había viajado a Wellington; le dije que el viernes por la mañana, que es cuando tengo día libre de investigación y puedo desplazarme de una ciudad a otra. El oficial hizo una expresión con la que notoriamente me pedía más detalles de mi actividad en esos días y yo le describí parcamente lo que hice. Fui a Wellington, me encontré con una amiga con la que pasé una noche, volví el domingo, y el lunes que me presenté en la universidad me enteré de lo sucedido. A Sara no la vi después de esa clase. El oficial, a pesar de que tenía

la grabadora encendida, anotaba lo que iba diciendo en una libretita. Me preguntó si, aparte de la relación profesor-alumna, tenía otro trato con Sara. Le dije que no al principio, pero después corregí ligeramente, agregando que solíamos vernos los miércoles en el club de español, al que asistía para animar un poco a los estudiantes en su conversación. También le dije que a veces me quedaba con Sara a tomar una cerveza después de la hora de conversación y que un par de veces la acompañé a su residencia, cuando mi auto quedaba estacionado por el rumbo. En ese momento recordé que alguna vez la traje del supermercado a casa, donde la encontré comprando despensa, pero que había sido un encuentro casual. También en ese instante preciso me acordé de que Liz, la secretaria de mi departamento, nos había visto aquella tarde, y que seguro pensó que habíamos ido juntos a comprar la despensa, y que —le aclaré al comandante— éramos pareja y vivíamos juntos, pero no era así. Lo dije y en realidad no supe si estaba mintiendo o era una verdad que se me había impuesto, simplemente, inocultable. En un momento tuve una especie de confusión, muy común en mí debido a los niveles de estrés que me habían estado comiendo los nervios en los últimos meses, luego de mi separación con Maki. Sacudí un poco la cabeza y respiré una bocanada de aire; luego le confirmé al detective que ninguna de tales figuraciones era acertada. Nos habíamos encontrado en el súper, y de ahí yo me ofrecí a llevarla a su residencia, y así acabó la cosa, le dije. El detective John Riley escribió en su libretita y me dijo que era todo. Se levantó extendiéndome la mano, una mano fría y callosa que más bien parecía de leñador. Le pregunté si me iba a volver a citar, pues tenía una conferencia pronto y no estaría en la ciudad, y me dijo que tal vez, pero que no era seguro. No sentí que sus palabras fueran convincentes. En realidad lo que me dijo con su titubeo era que seguro me citaría pero antes tendría que atar algunos otros cabos más, que daban la

impresión de estar sueltos. Tuve la sensación de que uno de esos cabos sueltos era yo.

SIETE

La voz tremebunda de Maki me hizo detenerme en la esquina de New World. Como el tráfico no me dejaba escuchar nada, subí el volumen de mi teléfono y me metí a un baño público. Maki sonaba despavorida, y su voz castañeteaba. Necesito que vengas, rogó. ¿A tu casa? Le pregunté un poco extrañado porque desde que empezó a vivir con Tom había preferido darle vuelta al asunto, ver a los niños en un parque o visitarlos en la escuela y, salvo que fuera un asunto de urgencia, evitaba llamar por teléfono. ¿Dónde estás?, me preguntó. Vengo saliendo del psiquiátrico. ¿Y eso?, ¿recaíste? Se mostró preocupada, aunque no lo suficiente para no advertir que fingía. Más o menos, mentí. Ven, anda, estoy sola, tengo mucho miedo. ¿Pasó algo? Acá te cuento. Colgué y salí del baño. Corrí a mi auto, que había dejado en el estacionamiento del supermercado, y fui a la que era mi casa, en Brockville. Tuve un sentimiento extraño, forastero. Tenía ya meses sin tomar la empinada de Brockville, que sube la colina que conduce al que fuera mi refugio por más de ocho años. Una ruta que seguía todos los días con Maki, cuando llevábamos a los hijos a la escuela, cuando volvíamos de mi universidad, cuando subíamos en bicicleta, cuando bajaba corriendo, en los tiempos en que todavía podía correr. Desde hacía algunos meses todo eso había terminado, y yo no podía acostumbrarme a esa derrota. Uno no imagina que todo lo que tiene puede

perderse para siempre, así esté clavado a nuestro cuerpo como los clavos a un pedazo de madera. Mientras lo vivimos, no imaginamos que calles, árboles, casas, rostros que nos son entrañables, familiares, un paisaje del que formamos parte, empezarán a borrarse apenas cambiemos de ruta,elijamos otro horizonte o nos mudemos de casa. O de mujer, como era mi caso. Llegué a la que fuera mi casa y encontré a Maki sentada en el umbral de la puerta, fumando. Me dolió verla fumar, pues nunca fumó en el tiempo que vivimos juntos. También tomaba café, una taza a un lado de ella, humeante. Jamás lo hizo antes. No dije nada; hice como si el hábito del cigarro o el café fuera una consecuencia lógica del paso del tiempo, una costumbre que se adquiriera con los años. Apenas verme cruzar la cerca, Maki se levantó e ingresó en la casa, dejando la puerta entreabierta. Caminé hacia la terraza, atravesando el jardín por el sendero de piedra, y me sentí igualmente extranjero. Yo había cortado ese jardín, podado sus arbustos, derribado las ramas de esos árboles, puesto esa resbaladera sobre el tronco; pero yo no había colocado esa maceta a un lado de esos columpios, ni puesto en los bordes de las jardineras esos troncos, ni tampoco era mía la escalera que estaba al lado del asador. Todo era lo mismo pero distinto; se notaba que el tiempo había pasado, las cosas se habían transformado, y otro hombre estaba colocando los objetos en lugares donde yo nunca habría colocado nada. Entré en la casa y me detuve tres pasos adelante. Dije entré en *la* casa y no en *mi* casa porque ya no la sentía mía, aunque me hubiera sentado mil veces sobre esa silla del comedor, o hubiera lavado platos en aquella tarja. Como me sucedió con el jardín, las cosas habían cambiado considerablemente, y ahora me dolían como duele una cuchillada a mitad de la espalda. Era otro el tostador de pan, otra la cazuela para freír huevos; Maki había comprado un mantel que no reconocía; pegado en el refrigerador había otro calendario; incluso el canasto de

frutas tenía otra variedad de frutas, distintas de las que elegíamos nosotros para la semana. Maki salió del baño y me pidió que la acompañara al sótano. Yo le iba a preguntar por los niños, pero preferí hacerlo en otro momento, porque la vi agitada, un poco perturbada. Tenía los labios morados y abotagados los ojos, como si hubiera estado llorando durante tres días. Me extrañaba, además, que siguiera en la casa todavía, cuando me había dicho que se irían en cuanto terminaran de hacer las renovaciones en la casa de Tom. Fuimos al sótano y, luego de remover un banco para hacer abdominales, uno que no reconocía como nuestro, por supuesto, me señaló con el dedo la casa del Muerto, a través de una pequeña rendija por la que se veía su puerta lateral. Tenías razón, me dijo Maki. No entendía nada. Entonces me explicó que hacía un par de horas había bajado a sacar la ropa de la secadora, y que mientras lo hacía escuchó que alguien conversaba. Más bien escuchó una voz. Pensó que se trataría del Muerto, un hombre que siempre me dio mala espina; vivía solo, no hablaba con nadie, apenas saludaba a los vecinos y ya estaba entrado en años; por eso se acercó a la ventana y miró por la rendija. Fijó la vista y pudo ver, del otro lado de la puerta, detrás de la cortinilla blanca, a una mujer, sentada, con una venda en la boca. ¿Estás segura? Casi podría jurártelo, me dijo. Grité, no pude evitarlo, continuó. A continuación el Muerto puso las manos sobre la mujer y la hizo desaparecer del marco de la puerta, arrastrándola. Maki estaba ansiosa; esta vez no parecía ignorar lo que yo siempre le había dicho y que me reprochaba como parte de mi propia paranoia. Cientos de veces le pedí que nos mudáramos porque temía que el Muerto raptara a alguno de mis hijos y no supiéramos más de ellos. Maki respondía que yo estaba afectado por los programas que veía en el canal Crime and Investigation, y por las últimas historias de los depredadores que habían descubierto con mujeres secuestradas por diez, quince años,

sin que ningún vecino lo hubiera sospechado siquiera. Los del barrio nos habían dicho que el Muerto —a quien llamábamos así porque era inexpresivo aun cuando uno se encontrara de frente con él— era un buen hombre, hijo de una familia legendaria de Brockville y que llevaba toda la vida ahí; que era ermitaño, sí, pero un hombre bueno, que no se metía con nadie ni había causado problemas jamás. Sin embargo, desde que puso una puerta eléctrica en su cochera, para así no tener que bajar a abrirla, y además una puerta interna de la cochera a su casa, no tuve más remedio que dudar de él, y se lo dije muchas veces a Maki, pero ella siempre me salía con que yo era un deschavetado. ¿Estás segura?, le pregunté, tal vez poniendo la misma expresión de incredulidad que ella ponía cuando yo se lo sugería. Te lo juro, confirmó. Maki era una mujer equilibrada, sensata, poco sugestionable, y lo que me estaba diciendo no hacía sino confirmar todas mis sospechas; pero qué podría hacer para solucionarlo. ¿Llamar a la policía?, ¿con qué argumento? La casa del costado opuesto a la nuestra estaba sola, detrás había lotes baldíos y enfrente no estaba más que el arroyo de la calle, así que sabría inmediatamente que nosotros habíamos sido los denunciantes. ¿Y si eran meras suposiciones de Maki? El Muerto, al verse intimidado, tomaría revancha, y yo no estaría para defender a mis hijos, pues sólo su padre daría la vida por ellos. Subimos de nuevo a la casa y, ya en el comedor, antes de preparar mi despedida, Maki empezó a llorar, sin aparente consuelo. Se dio la media vuelta y entró por el pasillo de las habitaciones. Iba a quedarme donde estaba, pero de pronto sentí que en un lapsus de inconsciencia Maki se haría daño o algo súbito le ocurriría. Entré en el pasillo y vi la habitación de Julio, mi hijo, la primera a la derecha. Su cama ya tenía otra colcha, habían cambiado el escritorio y ahora relucía sobre él un televisor grande, de pantalla plana. El baño continuaba intacto, con los rollos de papel apilados, en forma de edificio.

Seguí avanzando hasta la que fuera mi habitación, y antes de entrar en ella vi la recámara de Julieta. Habían puesto un escritorio con una silla, habían quitado su anterior litera y la habían reemplazado por la cama donde dormía de niña, que Maki le había adornado con un edredón rosa, su color favorito. Maki estaba sentada al pie de la cama. Le temblaban las manos. No me cabía duda de que había recibido un susto terrible. Me acerqué a ella y me incliné un poco para intentar reanimarla, sin creer que estuviéramos en un peligro inminente. Mientras tomara las precauciones necesarias con los niños, los riesgos eran prácticamente inexistentes. Me incliné más y, no supe en qué momento, Maki se me prendió de los labios con su boca. En un principio quise echarme hacia atrás, pero apenas lo pensé sentí sus manos atenazadas a mi cuello, luego sus pies enganchados a mi espalda, empujándome contra su cuerpo. No tuve miedo: Maki había sido mi mujer por muchos años y conocía todos sus caminos, así que nada más me dejé llevar. Un ruido como de llaves mordisqueando un cerrojo, al estar abrazados en la cama, me hizo levantarme. Es el calentador automático, me dijo. Sentí que ya no conocía ninguno de los ruidos que antes eran parte integral de mí. La abracé otra vez y le dije que tenía que irme; no quería que Tom nos encontrara. No volverá hoy, me dijo. Fue a inspeccionar unas casas a Queenstown. De cualquier modo, insistí. Se lo dije porque no quería confundirme ni confundirla. Le advertí que en la tarde llamaría a la policía para que me aconsejaran qué era lo mejor en este caso, y ella me dijo que no sería necesario. Me lo dijo muy tranquilamente, como si el miedo se le hubiera esfumado de súbito. No pasó nada, confesó, era sólo que quería que vinieras. ¿De verdad?, dije, arqueando las cejas. Apretó los labios en un gesto afirmativo y entrecerró los ojos. No quise pensar más. No tenía sentido. Es difícil conocer las razones ocultas de las mujeres. Así ha sido siempre, y esta vez no sería la excepción.

OCHO

Deborah, mi colega de francés, y yo teníamos de estudiante al ex novio de Sara Pike. Yo no lo sabía hasta que Deborah, el día que nos reunimos para actualizar la información que pondríamos en el catálogo de cursos del siguiente año, me lo dijo. Deborah es una mujer gorda, soltera; pero aun con ese paño de adversidades no ha perdido el sentido del humor; es más bien relajada, y por eso suele establecer relaciones de mucha cercanía con los estudiantes, quienes la ven como una hermana mayor, lo que no pasa conmigo, que tiendo a ser más bien lejano, me escabullo de las cofradías de estudiantes que se organizan al término de las clases y no acepto invitaciones para ir a sus fiestas. Deborah es lo opuesto. Por eso, esa mañana me contó sobre la conversación que sostuvo con Sam Lawer, el ex novio de Sara. Fue sincera y me dijo que yo era la comidilla del departamento. Se habían enterado de mi declaración en la policía y además se rumoraba que me habían visto con Sara en varias ocasiones, algunas de ellas a altas horas de la noche y en circunstancias no muy convenientes. Esto volvió a sacarme de mis casillas, pues aunque yo estaba seguro de que lo que decía Deborah no era verdad, siempre había un dejo de duda en mi interior. ¿Habría salido alguna noche con Sara? ¿Habría decidido no recordarlo? Algunas veces olvidamos lo que nos duele o nos compromete. Nos persuadimos de no enfrentarlo y, a fuerza

de hacerlo, lo borramos de nuestra memoria, aunque sea temporalmente. Cuando al asesino serial Joel Rifkin le preguntaron, en una entrevista, cómo hizo para que no le afectara el primero de los quince o veinte crímenes que cometió, Rifkin confesó que simplemente se había convencido a sí mismo de que no lo había cometido, y que gracias a eso pudo seguir asesinando. Deborah vio que cavilaba y me palmeó el antebrazo, como tratando de decirme que no hiciera caso de chismes. Luego me contó que había desayunado con Sam en la *food court* de la universidad, y que Sam le había contado que la policía lo había entrevistado. Sam explicó a los agentes que él no había estado ese día en la universidad, aunque sí estuvo cerca, en el campo de rugby, donde jugó un partido de pretemporada. También les dijo que tenía una relación cercana con Sara, incluso íntima, pero que ni siquiera se le habría pasado por la cabeza la idea de hacerle daño, pues, aparte de novios, eran muy buenos amigos. Deborah me contó que otro de sus alumnos le había dicho que no era verdad que Sam y Sara tuvieran una buena relación: en los últimos tiempos llegaron a enviarse mensajes un tanto agresivos, y en una ocasión en el bar Cook tuvieron una fuerte discusión que terminaron casi a golpes. Sam tuvo que ser controlado por algunos de sus amigos, que lo obligaron a abandonar el lugar. Le pregunté a Deborah si creía que Sam era el asesino y me contestó que, aunque en este mundo ya no es posible dar resoluciones absolutas, pensaba que no. Lo que se me hizo curioso fue que, después de decirlo, Deborah me habló de un Sam que yo desconocía. El Sam de mi curso era totalmente distinto: más bien apático, retraído, y que casi no asistía a mi clase. ¿Y tú?, me preguntó Deborah. ¿Yo qué?, repliqué. ¿Tú piensas que fue él?, repitió Deborah. Iba a decirle que sí, pero antes de abrir la boca me di cuenta de que no tendría sentido, de modo que le dije que no lo creía capaz de matar ni a una mosca. Esa misma mañana, mientras cortábamos y

pegábamos la información de los cursos en los casilleros correspondientes de la página web de nuestro departamento, Deborah me refirió el caso de un guardia al que le habían descubierto antecedentes penales y que al parecer solía rondar la zona de residencias por las noches. Hacía tres años el guardia había raptado a una estudiante en la Universidad de Canterbury, y nadie supo cómo después pudo entrar a trabajar en la universidad con esas referencias. Deborah me explicó que también fue interrogado por la policía, pero que no encontraron nada. Registraron incluso su casa. Le siguieron la pista hasta Canterbury, donde vivían su ex mujer y sus dos hijas; pero, aparte del rapto de la estudiante, su expediente estaba limpio. Al parecer había venido a Dunedin con la idea de reiniciar su vida; tenía un par de meses con una nueva mujer, que estaba embarazada. La policía había tenido mala suerte hasta entonces, pese a que la universidad solía estar bien custodiada día y noche. Por más que limpiaban los alrededores, el camino que conducía al asesino se desvanecía. Según Deborah, habían ido incluso al pueblo de Sara. Lo que descubrieron complicó más la situación, pues se encontraron con que la familia era de lo más normal del mundo. Su padre era médico familiar y su madre maestra de un parvulario. Gente muy querida y respetada. Sara era la menor de tres hijos. El mayor estudiaba medicina en Auckland, como el papá, y la de en medio se hallaba en Japón, porque además de japonés estudiaba negocios internacionales. Sus padres tenían veinticinco años de casados y nunca se habían separado, como se estila en Nueva Zelanda, un país con un alto porcentaje de divorcios. Que los papás de Sara hubieran logrado vivir juntos veinticinco años era una excepción a la regla, sobre todo porque se imponía un matrimonio más sólido de lo que podría pensarse. Sara, su novio Sam y su amiga Jeremy habían estado juntos desde la primaria y habían decidido instalarse en Dunedin para estudiar en la

universidad. El novio vivía en una residencia contigua a la residencia donde vivían Sara y Jeremy, quienes desde el primer momento planearon vivir juntas. ¿Algún problema de depresión?, pregunté a Deborah, sólo para demostrar que no estaba tan involucrado con mi estudiante, y desviar la atención hacia otros derrotados. Deborah movió la cabeza y sentenció: a menos que la tuviera muy escondida, porque esa muchacha era de lo más equilibrada. Deborah sabía lo que decía: Sara había tomado clases con ella dos años antes, cuando inició sus estudios de francés, que después abandonó. No quise contarle a Deborah mi experiencia con una estudiante que yo creí la luz de la clase, una muchacha güerita, siempre con una gran sonrisa de oreja a oreja, pero que un buen día me envió un correo electrónico para decirme que valoraba mucho que en mi clase animara a hablar a todos los estudiantes, lo que era positivo para mejorar las habilidades orales de la lengua, pero que por favor ya no le preguntara a ella porque le apenaba mucho hablar en público. Por un momento pensé que lo decía simplemente por timidez natural, pero en el siguiente párrafo me explicaba que padecía un severo trastorno de ansiedad, e incluso me pedía que la dejara faltar a clase el resto del semestre, pues debía asistir a una terapia psicológica. Me agradecía, sí, que le permitiera presentarse a los exámenes en las fechas indicadas por el programa del curso. Le contesté que por supuesto, porque aquí se ven muy bien todas esas cortesías, pero me fui de espaldas: ¿mi estudiante más carismática, con la sonrisa en la boca siempre, padecía un trastorno mental de esa calaña? Lo único que he aprendido en la vida es que las apariencias engañan. Es una verdad que he tenido que admitir y que, en más de un sentido, estaba en juego en el crimen de Sara Pike. Deborah y yo terminamos por fin de introducir la información de los cursos; antes de despedirnos hablamos un poco de los deseos del jefe del departamento de reelegirse y de la intención de una de las colegas del

programa de chino de tumbarlo de la silla. Deborah estaba convencida de que el jefe era un cero a la izquierda, pero no ponía ni un voto a favor de la colega de chino porque, le parecía, no era más que una saltimbanqui. Haciendo uso de la mejor estrategia política que puede existir en la vida, le dije a Deborah que quien debía encabezar el departamento era ella, por su experiencia y conocimiento de la realidad universitaria, y que, si se animaba, contara con mi voto. Deborah se mostró visiblemente contenta con mi proposición, pero, como hace todo el mundo en circunstancias similares, dijo que ella ni pensarlo, se vería mal perdiendo su vida entre oficios por rellenar y reportes por reescribir. En el fondo de su mirada; sin embargo, no pudo reprimir ese brillo que aparece cuando alguien nos pone ante la vista lo que tanto anhelamos. Pues cuentas con mi voto, reiteré, y volví a mi oficina, percibiendo en el ambiente el orgullo de una mujer que empezaba a elevarse por los cielos.

NUEVE

Lo que Deborah me dijo sobre la vida de Sara en su pueblo natal me pareció familiar. Era como si Sara me hubiera contado lo mismo, y lo que escuchaba de Deborah sólo me lo recordara. Incluso tuve un recuerdo súbito: me vi yendo en mi automóvil a Timarú, acompañado de Sara, una mañana de domingo, durante esos días en que mi mujer y mis hijos pasaban una temporada en México y yo me quedaba solo en casa. En efecto, recordé que, luego de una breve conversación en mi oficina, Sara me dijo que iría a su pueblo el fin de semana, porque habría un festival de vino y a su padre le interesaba mucho la vitivinicultura. Sara, tal vez por mera cortesía, me invitó al festival, y yo acepté. Me ofrecí a llevarla el domingo por la mañana y ella no opuso resistencia, pues solía irse en autobús una semana sí y otra no, y el trayecto, aunque el pueblo quedaba a una hora de la ciudad, siempre suponía una combinación de taxis, autobuses, esperas, etcétera, que resultaban abrumantes. Así que aquel domingo me arreglé y pasé por ella al All Day Breakfast que estaba cerca de su residencia, sobre la calle Princess. La encontré con la maleta recargada sobre las pantorrillas; vestía una falda corta, más arriba de la rodilla, y una blusa azul, entallada, que le marcaba el contorno de los pechos. Se había recogido el pelo, así que se le veía la frente amplia y limpia. Tenía los labios pintados de rojo, y de sus orejas pendían unos aretes verdes, con una figura maorí. Me

detuve en la acera de enfrente y Sara cruzó la calle, sin correr pero con paso apresurado, como si el verde peatonal la inquietara, sobre todo el ruido que se escucha el tiempo que dura encendido. Ese ruido es para que los ciegos se orienten y sepan cuándo pueden cruzar y cuándo eso es imposible. Sara subió a mi coche; dejó la mochila en el asiento de atrás y se sentó sin percatarse de que la falda le había quedado a medio muslo, de modo que con una ligera inclinación era posible verle las bragas. Eran azules, con unos pequeños puntos amarillos. Pensé que se daría cuenta de su desliz en cuanto arrancáramos y se acomodara en el asiento; la imaginé incluso estirándose la falda hacia abajo y apretando los muslos. Pero no: continuó en la misma posición, mostrando los muslos transparentes, duros, y sus bragas color cielo. En el camino me contó sobre su familia: su padre médico, su madre maestra, sus hermanos. Me habló de Sam, su novio, que se había ido a Christchurch ese fin de semana a un campeonato juvenil de rugby. También me contó que escribía cuento y poesía, y que por eso me admiraba. Me lo dijo de una forma que admitía más de una interpretación, una especie de admiración cercana al deseo o al amor, más que a la relación de un maestro con su alumna. No quise continuar por ese rumbo, así que le pregunté sobre lo que escribía. Me dijo que estaba zambullida en un puñado de cuentos y en algunos poemas, pero nada que valiera la pena. No le daba importancia a una pasión que a todas luces se le desbordaba. Su pasión por la escritura era algo serio; además, su conocimiento de la literatura neozelandesa era admirable. Lo supe no porque me lo dijera, sino porque, cada vez que yo mencionaba a algún autor, ella lo conocía y me daba pormenores sobre él, pero siempre sin hacer alardes, más bien como si la información se la hubiera dado un maestro de la escuela o la hubiera encontrado accidentalmente. En Maroaki Boulders nos detuvimos para ver las focas y los pingüinos. Entramos por un camino de

tierra hacia el mar y cruzamos una especie de casa de rancho, desde donde tuvimos que andar hasta el borde de la costa; ahí encontramos una manada de leones marinos acostados sobre las piedras, asoleándose, y algunos pingüinos. Fue mientras veíamos los pingüinos cuando sentí que Sara me iba a abrazar por la espalda, enredándose en sus brazos. Estaba detrás de mí, muy cerca de mi nuca, y pude sentir su aliento, incluso la intención de que en cualquier momento se acercaría para apretarme contra su pecho. Fueron unos segundos apenas, pero podría jurar que si Sara no enredó sus brazos en torno de mi cuello fue porque yo me adelanté un poco para señalarle un pingüino que acababa de salir de su refugio. Retomamos el camino y llegamos a Timarú, luego de detenernos unos veinte minutos en un restorán de *fish and chips*, a la orilla de uno de los pueblos de paso. Esa tarde conocí a su padre, un hombre alto, de piel igualmente transparente, que me saludó con generosidad, y a su madre, una mujer más bien bajita y enjuta, que me extendió la mano izquierda retraídamente. La mujer, que contrastaba radicalmente con la estatura de su marido, parecido a un jugador de basquetbol, se presentó conmigo como Miranda. Luego recogió su mano tímidamente y me miró a los ojos como intentando que éstos le delataran algo que ella, en realidad, no quería saber. Tras la cata de vinos, que tuvo lugar bajo unas carpas de lona blanca dispuestas a lo largo del parque central, esa tarde soleada, los padres de Sara me invitaron a cenar, pero yo decliné la invitación, argumentando que tenía que volver a casa para cumplir con unos deberes impostergables. Sara volvería al día siguiente, en el autobús, para cumplir a su vez con algunas tareas escolares y preparar exámenes. Miranda insistió en que aceptara su invitación, todavía mirándome al interior de los ojos, en espera de que ese secreto que avistaba en ellos se le revelara de súbito. Pero le dije que no. Me incomodaba el hecho de haber estado en tal cercanía con

su hija, en la reserva natural de pingüinos y leones marinos, o de haberle estado mirando las bragas con cierta fruición durante el trayecto a Timarú. De verdad muchas gracias, señor, pero no puedo, confirmé. Le extendí de nuevo la mano al enorme hombre y a la enjuta mujer, me despedí de Sara con una sonrisa, y me di la media vuelta. Llegué a Dunedin cerca de las nueve de la noche, por lo que ya no tuve tiempo de comprar despensa, aun cuando todavía tenía posibilidad de hacerme de algo. Recuerdo que iba a ponerme a escribir, pero al encender el televisor, sólo por distraerme un poco, vi que estaban transmitiendo una jornada de boxeo, así que me deshice de los zapatos, colgué el saco sobre la percha y me tendí en la cama. Aún ahora me sería muy difícil negar que esto fue lo que sucedió aquel domingo, pues la conversación con Deborah me hizo recordarlo con la claridad de una vivencia real, dura, estremecedora, y no me explico cómo esto pueda ser imaginado por nadie. No me lo explico, pero tampoco confío, porque a fuerza, ya lo dije, de olvidar algunos hechos dolorosos o incómodos del pasado, uno es capaz de transformar su propia biografía, inventarse otra totalmente distinta o al menos modificarla a su antojo. Si fui o no al pueblo de Sara, si le vi las bragas azules con puntos amarillos, es algo que no tendría que preocuparme, pues no tuvo consecuencias fatales, a menos que Sara en realidad me hubiera abrazado por la espalda esa mañana en la reserva de pingüinos y leones marinos y alguien de allí nos hubiera visto, para luego comunicarlo a los detectives que llevaban la investigación. ¿Me lo habría dicho el detective que me entrevistó? De haberlo sabido antes sí, pero quizá esa información fue descubierta o recabada después de entrevistarme. O tal vez se quedó callado para evitar interrumpir el curso de las averiguaciones. Mi oficina, con estos pensamientos, se estrechaba más y más, hasta asfixiarme. Habría querido volver con Deborah para preguntarle si sabía algo más concreto sobre mi relación con

Sara, pero preferí esperar a que los hechos ocurrieran por sí solos, en lugar de empujarlos por la espalda, para evitar que también yo me fuera de bruces.

DIEZ

El recuerdo súbito del viaje con Sara a Timarú y la inestable relación que llevaba con mi ex mujer, pero sobre todo el reencuentro con Israel Angulo Reyes, “el Poeta del Misterio”, consiguieron que mis nervios dieran de sí. Me lo había advertido el psiquiatra, pero no hice caso. Para mantenerme a flote, sobre todo antes de que llegara el invierno, tenía que suspender mis jornadas de boxeo, especialmente las de The Ultimate Figther, por los grados excesivos de violencia, además de las sesiones de pornografía nocturnas y los programas de investigación criminal (como Crime and Investigation); también debía dejar de buscar en internet respuesta a ciertos síntomas que me acechaban antes de dormir y no hurgar en aquello que me recordara tragedias irresueltas. Lo de Angulo Reyes fue algo fortuito. Aquella noche mi hermano me mandó un mensaje para advertirme de un personaje que se hacía llamar Maestro XS y que cantaba en las calles de Colima. Que tenía tiempo que lo veía cantando en los restaurantes del norte de la ciudad, y que estaba totalmente deschavetado, pero que con sólo verlo era suficiente para partirse de la risa. Me pasó unos videos de YouTube, incluso. En ese momento no pude verlos porque salía de clase rumbo a una reunión del departamento para la cual llevaba diez minutos de retraso; pero cuando terminó el encuentro con los coordinadores de programa encendí la computadora y puse

manos a la obra. En efecto, en los videos aparecía un hombre con un corte tipo mohicano, rapado de los lados y con una plasta de pelo que le cubría del nacimiento de la frente a la nuca, con unas estrellas de colores pegadas en la parte rapada y en los cachetes, y unos lentes de color azul, estrafalarios y chillantes. El video se titulaba "El mejor dance del mundo" y estaba firmado y protagonizado por el Maestro XS; me pareció desternillante. Qué tipo más disparatado, pensé. Y me reí, solo, por un rato, creyendo que había dado con la alegría del día, justa dosis que necesito antes de cerrar los ojos al anochecer. Es importante decir esto porque una de mis terapias es ver programas de humor o escuchar chistes. Poseen un efecto terapéutico y me devuelven el equilibrio, haciéndome olvidar los avatares de la vida y sus incertidumbres. Estaba, he dicho, de lo más divertido cuando bajé la mirada y leí el nombre del propietario del canal, esto es, el Maestro XS: Israel Angulo Reyes. Su nombre de momento no me remitió a nada, pero cuando empecé a ver otros videos que había subido me di cuenta de que se trataba de aquel poeta que había conocido una década atrás y que por entonces se hacía llamar Poeta del Misterio o Poeta X. Casi me fui de espaldas contra el tumulto de libros de mi librero. Me costaba creer lo que estaba viendo, aunque lo hubiera visto una, dos, tres veces. A Israel Angulo lo había conocido a las afueras de la Secretaría de Cultura, una tarde que fui en busca de un par de libros de poesía que necesitaba para una tarea escolar, en el tiempo en que la biblioteca Rafaela Suárez era dirigida por el maestro Ernesto Terríquez. Para entonces Israel Angulo había terminado la licenciatura en pedagogía en la Universidad de Colima, donde yo había estudiado derecho y lengua y literatura españolas, con la diferencia de que Angulo fue el mejor estudiante de su generación y hasta nuestros oídos había llegado su fama de alumno brillante; por eso obtuvo el máximo galardón que otorga mi alma máter a sus mejores estudiantes: el Premio

Peña Colorada. Angulo Reyes no sólo lo obtuvo en la licenciatura; también en la maestría en educación que terminó en 1998, cuatro años después de la licenciatura y justo cuando yo me titulé como abogado. Además de este galardón, recibió el Premio Diario de México, que ese medio de comunicación otorgaba a los mejores estudiantes del país. Esto había sido ya un gran reconocimiento para un estudiante cuya infancia podría haber arredrado a cualquiera. En uno de sus videos Angulo señalaba que toda su niñez había limpiado botellas de refrescos. Mostró incluso cómo lo hacía y explicó por qué lo hacía: para ayudar a su madre que vivía sumida en la miseria. Añadió que el ochenta por ciento de lo que ganó limpiando botellas de refrescos se lo dio a su madre, para ayudarla. Una infancia dura, llena de necesidades y marginación; pero aun con todo esto el Poeta del Misterio había conseguido hacer una maestría con resultados envidiables; además, se había corrido el rumor de que la tesis de maestría del que fuera secretario de Educación del estado, Carlos Flores, la había escrito él también. Por eso mismo, Angulo Reyes había conseguido una plaza como profesor de civismo, aparte de dar cursos de capacitación pedagógica para académicos de la Universidad de Colima y maestros de la propia Secretaría de Educación, para la cual laboraba. Al mismo tiempo escribía poemas y componía canciones, era entrevistado por la televisión local y sus poemas aparecían en los suplementos literarios de los periódicos *Ecos de la Costa* y *El Comentario*, donde firmaba siempre como El Poeta X o El Poeta del Misterio. En una de las entrevistas que ofreció al Canal Once aún se le veía de una sola pieza: el pelo recortado y peinado, los zapatos boleados, una camisa de vestir bien fajada y una timidez dolorosa. Dejé de escuchar las canciones y me detuve en las crónicas y los comentarios que intercalaba en sus composiciones musicales. En alguna de esas intervenciones Angulo Reyes describía a su padre como un desvergonzado,

un mujeriego y un derrochador; aunque no se notaba que tuviera un gran resentimiento contra él, se advertía que la falta de responsabilidad de su padre para con su madre, a quien no le dio suficiente dinero para el cuidado de sus hijos, afectó la vida del pequeño Israel, quien padeció indignantes limitaciones cuando hizo su licenciatura, primero, y su maestría, después. De no haber tenido las becas que obtuvo por su alto rendimiento, le habría sido imposible sostenerse en sus estudios. Lo que veía en ese momento empezó a crearme una conmoción repugnante. El Poeta X ahora era el Maestro XS, quien componía canciones que dedicaba a cantantes extranjeras (como Pink, O'Connor, Cindy Lauper) y afirmaba ser el poeta más importante de la historia según Google y YouTube. En un instante impreciso no pude seguir viéndolo y cerré la página de internet completamente, pues costaba relacionar al alumno brillante que había escrito una tesis de maestría sobre la deserción escolar con este deschavetado que, vestido como payaso, afirmaba ser el mejor maestro de habla hispana del mundo. ¿En qué momento se había roto su relación con la realidad?, ¿qué la había roto?, ¿quién se atrevió a trozar el cable que mantenía sus pies sobre la tierra? Me dolía saber que la vida le había dado con un tubo a un hombre que ya había tenido bastantes tubazos en la vida, desde antes de nacer. ¿No se había visto obligado a lavar botellas de refresco toda su perra infancia para poder ayudar a su madre con el gasto? ¿No había tenido que romperse el culo no sólo para poder salir con una carrera universitaria y un posgrado, sino para conseguir hacerlo con el mejor promedio de toda su generación? ¿Y aun así la perra vida lo golpeaba con un tubo en la cabeza y lo postraba en una realidad aún más ingrata? Angulo Reyes salía a la calle con una guitarra que no sabía tocar para poder sacar unos cuantos pesos. A veces, de su casa, en el Trapiche, a Colima, tenía que caminar más de veinte kilómetros de ida y vuelta porque no sacaba ni para el pasaje, luego de haberse pasado

la tarde entera tocando en los restaurantes del norte de la ciudad. ¿No era una hija de puta la vida con él? La piel del rostro se me empezó a poner caliente; me era difícil alejarme de esa idea que, fija en mi pensamiento, me decía que también a mí me podía pasar lo mismo, en cualquier momento, y más ahora que estaba solo. Me veía las manos, distantes. El pensamiento, ajeno a mí. La realidad circundante me hablaba con palabras indecibles, rotas. Empecé a tocar las cosas para saber que eran ciertas, pero algo en mi interior me decía que estaba cayendo en un pozo profundo, interminable, oscuro. Por eso decidí, en ese preciso instante, llamar a Maki y pedirle que me llevara al médico. Pero Maki no contestó ni contestaría hasta el siguiente día, cuando yo mismo la recibí al salir de la sala de emergencias del psiquiátrico.

ONCE

Justo una semana después de terapias diarias, mientras escribía el plan para mi curso de cultura popular latinoamericana que daría en el segundo semestre del año, Liz entró a mi oficina. Entró y cerró inmediatamente la puerta tras de sí. Se acercó al ras de mi escritorio, estirando el buche, no sin antes cerciorarse de que ni una sola sombra se hubiera colado por la rendija del ventanal. Ya encontraron al asesino, dijo. No supe, en un principio, a qué se refería. Al de Sara, agregó. Su estudiante. Cerré la pantalla del Facebook, no fuera a ser que me increpara por estar viéndolo en horas de trabajo, y cuando apenas le iba a pedir detalles, deslizó: al parecer, sí. La nota había sido publicada en el *Otago Daily Times*, el periódico de la ciudad. Búsquela, me dijo Liz, y salió a la carrera a su hora del *lunch*, que en realidad utiliza para correr. Lo que hace es desayunar en horas de trabajo, mientras contesta correos electrónicos o rellena formatos escolares, y la hora que tiene para desayunar la dedica a correr alrededor del campus: bordea el río, sube la cuesta de las residencias, atraviesa el pastizal del Museo de Arte, y luego se pierde en las orillas de la bahía, siempre clara en sus acantilados. Abrí de nuevo la pantalla de la computadora y busqué la nota en la sección de policiacas. En el margen izquierdo, debajo de una foto que anunciaba la celebración china de cada año, se leía: "Presunto asesino de la estudiante Sara Pike es encontrado

muerto en su casa". Me apresuré a leer los pormenores. Se trataba de un guardia de la universidad, en cuya casa al parecer habían encontrado fotografías de Sara pegadas en las paredes de su pequeña oficina. Además, habían descubierto una jaula de grandes dimensiones instalada en la cochera, con sábanas encima, donde al parecer había tenido secuestrada a la muchacha antes de matarla. También lograron dar con un puñado de cartas dirigidas a ella misma, pero que, por alguna razón insospechada, el presunto asesino no le había enviado. Las tenía atadas con ligas en uno de los cajones de su buró. Las investigaciones continuarían pues, muerto el victimario, no era tarea fácil resolver el crucigrama. No aparecían su foto ni su nombre, para no entorpecer las indagaciones, pero se decía que era un guardia que había estado asignado justamente a la residencia de Sara, con lo cual era obvio que alguien de ahí lo reconociera. Se me ocurrió, entonces, ir a la residencia para averiguar un poco más sobre este sospechoso, que parecía ser otro distinto del guardia de Canterbury, pero siendo los neozelandeses tan discretos para estas cosas, consideré que sería preferible presentarme con una historia mejor orquestada. Estaba seguro de que el nombre tenía que figurar por algún lado, así que continué buscando en cada uno de los periódicos que publicaron la nota, aunque en la mayoría encontré la misma información, salvo ligeros cambios. Al fin, en un comentario que alguien dejó debajo de la nota publicada por el *Stuff.co.nz*, pude dar con lo que buscaba: Simon Hogh. Lo decía el que lo había comentado: "Simon Hogh, mi querido colega, que descanse en paz. Nos encontraremos allá en nuestro mirador pronto". O algo así. Por la forma en que estaba escrito el apresurado pésame y las palabras que usaba el comentarista, no se trataba de un trabajador de la universidad, sino de alguien que vivía fuera de ella y que por algún motivo estaba imposibilitado para asistir al funeral de su amigo. O quizá eso fue lo que quise

creer. En todo caso, tenía el nombre. Lo busqué inmediatamente en Facebook, poniendo como referencia la Universidad de Otago y la ciudad, Dunedin. Utilicé diferentes variantes, hasta que di con él. Era un tipo joven, delgado, de mentón salido y mofletes pegados a las mandíbulas, el pelo güero. Así aparecía en su foto de perfil. Detrás de él, a una distancia considerable respecto al pequeño muelle de la ciudad, se alzaba el lago de Wanaka. Revisé un poco su cuenta de Facebook y vi que ya tenía algunos pésames, pero no mayores detalles. Mostraba, sí, un par de fotos suyas más. Una de ellas en su uniforme de trabajo, junto a otro guardia de la universidad, y una más en bicicleta, mostrando la clásica señal de amor y paz, con el dedo índice y el anular, teniendo como paisaje de fondo la playa de St. Clair. Más allá de eso: nada. De cualquier modo, nombre y rostro me eran suficientes. Salí de la oficina dando traspiés y me dirigí a la residencia de estudiantes, donde el presunto asesino había estado adscrito. Tenía un plan concreto; no sabía si resultaría, pero nada perdería con intentarlo. Bajé por las escaleras, porque el elevador tardaba más de la cuenta; me detuve en la cafetería del edificio de negocios, donde compré dos sándwiches y dos Coca-Colas, y entré en la residencia. Era la hora, como dije, del almuerzo, de forma que la universidad estaba casi vacía, lo que corría a mi favor. Luego de husmear un poco en la laberíntica residencia encontré la recepción, zambullida en un tumulto de sombras. Empujé la puerta con el codo y entré. Una mujer me recibió quitándose los lentes y dejándolos a un lado de su escritorio. Sus ojos parecían haber estado perdidos en el infinito, del que regresaron apenas cuando un intruso había echado hacia dentro la batiente. No me preguntó qué se me ofrecía, pero su mirada, fija en la mía, lo hacía. Le dije que buscaba a Simon. Quedamos en vernos para desayunar, agregué, y le enseñé el bastimento: dos sándwiches, dos Coca-Colas. ¿Andará por aquí? La mujer guardó silencio un instante y me

preguntó si no lo sabía. Claro que lo sabía, pero cómo iba a decírselo. Le dije que no, poniendo una cara entre absorta y compungida. Murió. ¿Murió? Lo pregunté dando la impresión de que estaba siendo objeto de una broma. ¿Cómo?, y al decirlo extraje el teléfono de mi saco. Lo miré como intentando decirle que acababa de hablar con él, ayer mismo, para concertar el desayuno de hoy. Entonces la mujer me dijo que se había suicidado, justamente la víspera. Como si en ese momento todas las piezas del rompecabezas hubieran encontrado su lugar, le conté que apenas ese día en la mañana una colega me había dicho que acababan de capturar al asesino de la estudiante Sara, asesinada hacía poco. Que era un guardia de la escuela, pero nunca me imaginé que se tratara de Simon. Se lo dije como cuando uno intenta conectar palabras deshilvanadas, pegándolas unas con otras irracionalmente, sin ningún afán de coherencia, sólo espetándolas hacia afuera, con el único fin de que el interlocutor se encargue de ensamblarlas. No es así, dijo Elizabeth, como se podía leer en el pin que traía ensartado en la blusa. Mostré confusión e hice como si realmente me hubiera dolido la noticia. Arqueé las cejas. Elizabeth me confirmó que eso estaba descartado. Eso, aclaró, de haber sido el asesino de la estudiante. Se adelantó un poco, miró a uno y otro lado, y espetó: aunque sí se veía que la amaba. Elizabeth se echó hacia delante, entonces, y volvió a limpiar todo el perímetro, para evitar que un advenedizo se entrometiera. Con la confianza de estar con un amigo íntimo, insistió: yo lo veía cómo la miraba, cuando salía, e incluso más de una vez los llegué a ver platicando de aquel lado, y señaló una especie de explanada tapiada con vidrios, que daba al jardín, bordeada de bancas, donde seguramente llegaron a conversar más de lo debido. Pero Simon nunca le faltó al respeto; era un muchacho muy serio, amable y sobre todo bienintencionado. Sara lo quería, dijo, de súbito, Elizabeth. Antes de dejarme interrogarla acerca de

las razones, confesó que la muchacha llegó a preguntarle varias veces por él, mostrándose ansiosa, un poco desesperada, como si la ausencia del guardia la enfermara. Sara lo quería, lo quería, insistió, pero no creo que haya habido nada entre ellos. Aproveché ese resquicio para decirle que en el periódico se aseguraba que había una jaula donde posiblemente el presunto asesino había tenido encerrada a su víctima, pero Elizabeth me confirmó que eso eran patrañas, que no era una jaula sino una cama rodeada por una especie de reja que le servía de soporte al papá de Simon para levantarse en la noche al baño, pues estaba enfermo y Simon tenía años haciéndose cargo de él. Pero cómo se descartó que fue él quien la mató, pregunté, queriendo llegar de una buena vez a la solución final. Porque Simon estuvo de asueto dos días antes y uno después de la muerte de Sara. La noticia me perturbó; si no había sido Simon, yo podría seguir en la lista de sospechosos. Como no me acordaba de lo que había dicho en la entrevista con el detective Riley ni tampoco podía recordar los días previos a la muerte de Sara, sólo mi viaje a Wellington, al parecer uno o dos días después de su muerte, nadie sabría en ese momento si yo había estado en la ciudad ese día o no, lo que complicaba las indagaciones. Me despedí de Elizabeth con una familiaridad inusitada, dejándole el sándwich y la Coca-Cola, que aceptó con gusto pues no había comprado nada para el desayuno. Le prometí que buscaría a los familiares de Simon para darles el pésame y me alejé deseándole lo mejor para el resto del día. Elizabeth se levantó de su silla y alzó la mano, desde la distancia, tal como uno hace con los amigos que emprenden un largo viaje sin saber si algún día volverán.

DOCE

Recuerdo vagamente que aquella noche, luego de un día lleno de reuniones con estudiantes que querían irse al extranjero sin haber conseguido el promedio para hacerlo, me eché en la cama y encendí el televisor. Estaba confundido de todo, incluso de mi propia soledad, que cada vez hacía un agujero más grande en mi habitación, oscura como una tumba. Nunca me había imaginado lo terrible que la pasan los que están solos; pero no los que están solos por decisión, sino los otros, como era mi caso, que me quedé sin Maki prácticamente de un día para otro, y sin hijos. Ahora extrañaba a Maki y extrañaba a mis hijos. Lo que antes era una pesadilla de la que siempre deseé despertar, mis hijos gritando en la mesa o pidiéndome dinero para comprar cualquier cosa, o tener que llevarlos a sus actividades diarias, ahora era un anhelo ansiado, un deseo irreprimible. Me había vuelto un poco la esperanza aquel día que visité a Maki en su casa, que era mi casa, y que tuvimos ese encuentro en la habitación que ya no era mi habitación (porque no tenía las cortinas de siempre, porque no tenía las sábanas de siempre, porque no tenía siquiera el olor de siempre), pero que lo había sido por muchos años. El problema de la esperanza es que uno sabe que en el fondo es tan incierta como cualquier otra cosa en la vida, nada más que gracias a ella uno puede sortear las pequeñas fatalidades cotidianas. A esas alturas no sabía siquiera por qué no luché

más por salvar mi relación con Maki; tal vez fue porque siempre jugamos a dejarnos, siempre le advertí imbécilmente que la dejaría y ella siempre me amenazó con que no le importaba, y viceversa, jugando, que es como empiezan las grandes tragedias o los amores inolvidables. Como en aquel momento no sabía muy bien qué hacer con mi ansiedad, luego de haber sufrido varias crisis encadenadas que me estrujaron el cuerpo como los dientes de los serruchos trozan las maderas blandas, puse los canales deportivos. Caí en una partida de tenis, al parecer del abierto de Francia. Me detuve ahí, y aunque mi pensamiento volaba por otros aires, con la imagen de Sara Pike sobre el río de aguas frías de la universidad, su cuerpo dentro de esa bolsa negra de plástico con un cierre en el medio, sobre la arena húmeda, empecé a ver a los dos jugadores que se debatían por el triunfo. El juego era entre Murray y Rafael Nadal, y me di cuenta, a los pocos minutos, de que Nadal, como yo, padecía el trastorno obsesivo-compulsivo. ¿Alguien ha llegado a ver todas las manías y los tics del tenista durante sus juegos? Nunca fui aficionado al tenis, pero me detuve en el juego nada más para registrárselos: peinaba la cancha con el pie en cada saque, arrastrándolo por la línea blanca que señala los bordes del rectángulo; luego se estiraba el pantalón corto por delante y por detrás, en cada saque también; después se limpiaba los bordes de las orejas y el tabique de la nariz y se alisaba la camisa a la altura de los hombros, con el dedo índice y el pulgar, antes de cada saque, en movimientos rápidos, pues corría el riesgo de que el oponente sacara y él perdiera la pelota. Luego, de nuevo antes de cada saque, cogía siempre tres pelotas, las sopesaba y dejaba caer una al suelo, guardaba la segunda en su bolsa y tiraba con la tercera; siempre lo mismo, en cada saque: sopesar, dejar caer, guardar y tirar. En los descansos cogía dos toallas y, tras secarse brazos y cara, ponía una debajo de sus piernas, del lado derecho, y la otra sobre las rodillas; tomaba de dos

botellas de agua y ritualmente comía un poco de plátano, dos mordidas solamente, para luego extraer de una bolsita algo que parecía un jarabe, todo en el mismo orden, en cada descanso. En mi caso, debo confesarlo, el asunto es igualmente obcecado, nada más que es menos incómodo pues no lo hago ante la vista de miles de espectadores sino sólo en mi pequeña oficina, donde escribo todos los días, con manías que van desde meterme mucho los dedos a la nariz hasta el simple hecho de evitar que me falte la botella de agua de limón sin azúcar que viene a suplir a veces al cigarro y que coloco en el lado izquierdo de mi escritorio, porque en el lado derecho me hace sentir que todo en la oficina pierde balance, como un barco que se hundiera con el peso de la carga que han puesto en uno de sus extremos. En las mañanas, por ejemplo, bebo siempre un té de canela y un pan tostado con miel, a las seis exactas, para empezar el día, pues de no hacerlo me parece que empiezo con el pie izquierdo. La taza tiene que ser redonda, no con bordes puntiagudos, porque yo no sé si a otros les sucede lo mismo, pero a mí las tazas que no tienen los bordes romos me producen un malestar de inquietante desarmonía, algo que no puede girar y se va de bruces, o me corta. Algo que hiere. Mis lecturas matutinas siempre deben terminar en números pares y debo leer diez, veinte, treinta, cuarenta o cincuenta páginas, pero nunca trece o veintisiete o treinta y cinco, porque, de hacerlo, siento trepidar en mí una desazón asfixiante el resto del día. Lo mejor es, por eso, hacerlo por capítulos completos, así sean de sesenta o setenta páginas, de modo que todo quede dentro de su justo lugar, sin alteraciones fatales. En fin: vi las manías y los tics de Nadal y se me hicieron familiares; incluso el mismo Nadal (del que no conozco nada más allá de su profesión) me pareció un aguerrido tenista, fuerte y combativo, y así me lo habría parecido aunque no hubiera ganado de la forma como lo hizo aquella noche, con ese último saque que casi abre en canal

al oponente. Al término del juego me sentí tranquilo. Tenía las manos puestas sobre el corazón, en cruz, como solía ponerlas mi padre, y no experimentaba ningún tipo de taquicardia. Mi corazón vagaba apacible por un mar de plumas. Haber visto las manías de Nadal, lejos de hacerme pensar en lo que sufriría con ellas —pues la mayor parte de los mortales creen que es algo lindo y hasta extravagante padecerlas—, me hizo sentir cómplice por un instante, y acompañado. No estaba solo en medio de ese turbión de aguas, remando, con mis dos pequeños salvavidas en cada brazo y viendo aproximarse un largo regimiento de nieblas. Había otro, allá del otro lado de la pantalla, que también sufría en la soledad de su habitación, cuando las luces del estadio se apagaban, los gritos de los espectadores se diluían entre las sombras y él se metía en la cama, encendía el televisor y se ponía a ver, como yo, algo que lo hiciera olvidarse del miserable pedazo de madera que es uno en esta vida. Tal vez del otro lado Nadal estaría viendo mi propia historia, contada a saber si por un desconocido, y lo mismo, pensaba aquella noche, al verme se sentiría mi cómplice por un instante. El instante más pequeño de todos, al menos. Como siempre.



TRECE

El hombre se me acercó mientras me servía una taza de café, luego de una terapia de grupo, en el hospital, donde hablé un poco del miedo que tenía a sufrir un infarto y de cómo esa sombra me acompañaba todo el día. El miedo me había empujado ya un par de veces a la sala de urgencias, donde la última vez me tomaron la presión, me hicieron una radiografía de tórax, una prueba de orina, me monitorearon la actividad cardíaca y, al finalizar, determinaron que no sabían qué podía ser. Yo les pregunté si no se trataría de las pastillas para el colesterol, que me estuvieran causando, como efectos secundarios, los problemas para respirar, el dolor en la nuca, la sensación de un martillo presionando mi cráneo, los mareos; pero el médico se mostró reticente a aceptarlo, e incluso le noté un dejo de desprecio en la mirada. ¿Cómo me atrevía a dudar del medicamento? A mí me ha pasado lo mismo, dijo el hombre, y muchas veces, remató. Lo dijo mientras cogía una taza, agregaba en ella dos cucharadas de azúcar y una bolsita de té. Estiré una comisura, para no verme negligente, porque además se trataba de socializar, entregarse al otro, abrir de par en par el corazón. El hombre cogió un panecillo y me invitó a sentarme en el sofá al lado de la puerta de ingreso, junto al jardín. Me lo dijo simplemente con la mirada y con un movimiento brusco de cabeza. Lo seguí, al fin que no tenía con quién compartir mi café y el panecillo que también

arranqué de la bandeja. Nos sentamos próximos al cristal de la ventana, que daba a una pequeña fuente rodeada de flores verdes y amarillas. El brocal de la fuente tenía musgo, una alfombra delicada y sutil que me recordó aquel poema de López Velarde en el que rememora el brocal de su casa, en Jerez, su pueblo natal. No recuerdo cómo se llamaba el hombre, aunque lo dijo en repetidas ocasiones durante su presentación, y a mí me asombró que lo dijera tantas veces sin que nadie se lo preguntara. Entonces volví a preguntárselo, porque siempre me ha costado trabajo dirigirme a personas cuyo nombre no puedo sentir pegado en la frente mientras hablo. Ben Willson, dijo. Le extendí la mano y le di un fuerte apretón. Ben hizo lo mismo. Sin siquiera atreverme a preguntarle, pues en ese momento no tenía ganas sino de meter la cabeza en un agujero de hormigas, Ben me dijo que su problema era que creía que era homosexual cuando en realidad él sabía que no lo era. Me lo dijo así, sin preámbulos ni rodeos, como suele sucederme a mí cuando intento guardarme un secreto, cosa que me es imposible. No sé guardar secretos, así que, siempre que alguien quiere confesarme algo, le pido que si se trata de algo inconfesable no me lo diga, porque a la primera voy y suelto la sopa. Yo creo que Ben también es de ese tipo. La idea, según me contó, le vino en una reunión que tuvo en el trabajo, una mañana, luego del té de las doce, con los compañeros de la administración. Como Kelly, uno de los encargados de la administración, había estado de permiso, entró un muchacho a suplirlo, pero el muchacho tenía una cara extraña, medio andrógina, los ojos saltones y la piel blanca, igual a la leche. Los labios rojos y el pelo corto, bien rasurado de los bordes. Que estaba sentado con las piernas abiertas y del pantalón le colgaban los huevos; se le veía la verga grande, como un músculo que le hubiera brotado de súbito entre las piernas. Que lo vio y pensó que lo estaba viendo porque el tipo lo atraía, y fue en ese momento

cuando se dio cuenta. ¿Y si había reprimido esa homosexualidad por años, como uno reprime lo que le duele o lastima? Ben me contó su historia en unos cuantos minutos. Era casado; tenía, como yo, dos hijos. Su mujer trabajaba como maestra de kínder. Nunca antes le había pasado por la mente una idea así ni se lo había cuestionado, pues siempre había tenido una inclinación por las mujeres un poco más que inusual; incluso había engañado a su mujer con más de una, nada serio, sólo encuentros ocasionales. Pero había algo que lo inquietaba mucho: en la infancia había tenido sexo con unos amigos del barrio, en una casa vieja donde se metían en las tardes para perpetrar sus encuentros sexuales, y como su padre era muy autoritario y machista, su conflicto era que la suya podía ser una homosexualidad demasiado reprimida, aunque después de esos contactos nunca había sentido más inclinación por las personas del mismo sexo. Ben le dio un sorbo grande a su taza de té y de un solo bocado arrancó la mitad del panecillo que traía en la mano. Todavía con el bolo de comida en la boca, se acercó a mi oreja: pero no es esto lo que quería hablar contigo, bisbiseó. Experimenté una torsión de tripas, pues siempre, ya lo he dicho, siento que he hecho algo malo que no he advertido y que se me acusará por ello. Pensé que sabría lo de Sara, mi relación con ella, y que tal vez incluso me habría visto seguirla aquella mañana y matarla. ¿La habría matado yo mismo? Tenía la sangre escarchada, seca, pero intenté permanecer impasible, como si en realidad fuera a comunicármeme una buena noticia. Me incliné un poco en señal de que estaba listo para escucharlo. Ben entonces soltó: la amiga de una amiga mía confesó que mató a Sara, la estudiante universitaria. ¿La conoces? No dije nada. Ben entonces detalló que seguramente sí, porque en una de las notas decía que era estudiante de español y francés, y sabía que yo era el coordinador del programa de español, ¿no? Estaba despatarrado, sonámbulo. Parecía una mentira lo que

estaba escuchando. Seguro el hombre me estaba tendiendo una trampa, o simplemente deliraba, como todos los que estábamos ahí. No recuerdo su nombre, pero ahora está viviendo en Timarú, continuó Ben. Está siendo atendida en un psiquiátrico al que asiste mi amiga. Ben no tenía más detalles, pero para el caso lo mismo daba. ¿Sería cierto lo que estaba confesando? Hice como si la información que me daba me entrara por una oreja y me saliera por la otra, dándole un tratamiento más bien indiferente. El dato de Timarú me hizo un poco de ruido, por eso me aseguré de no olvidarlo. Lo del psiquiátrico era clave, y lo de la amiga de Ben, también. Le pregunté si sabía algo más, sólo por no quedarme callado, y me dijo que no, pero que si lo necesitaba podría obtener más detalles de su amiga, a la que solía ver de vez en cuando en las jornadas de ajedrez de su pueblo. Asentí y seguí bebiendo mi café, que estaba amargo, como siempre. Luego fuimos llamados por el psiquiatra para otra actividad grupal, que consistía en sentarnos en parejas, uno enfrente del otro, y en contarnos pasajes que nos hicieron felices y desdichados en nuestra infancia, además de compartir lo que nos había dolido confesar y preferimos reprimir. Había que decírselo a uno de los pacientes con la misma naturalidad con que se lo diríamos a una persona de confianza. Ben y yo decidimos no hacer la actividad juntos, pues de alguna forma ya habíamos roto el hielo y de poco valdría, así que busqué a una mujer con la que nunca había hablado antes.

CATORCE

Habría querido ir a la policía para dejarle la información que me había dado Ben, el del psiquiátrico, pero se atravesaba el fin de semana y el lunes temprano viajaría a Perú, a mi conferencia. Traté de olvidarme del asunto y pensar en hacerlo al regreso, pues sólo estaría una semana fuera. Hablé con Maki para informarla de mi viaje, con la esperanza de que se ofreciera a llevarme al aeropuerto, y también con la ilusión de que me pidiera no ir a ningún lado sino quedarme en sus brazos, de ser posible para siempre; pero lo único que obtuve de ella fue un cuídate mucho y ya nos veremos a tu regreso. Quiero hablar contigo de un asunto muy serio, remarcó. Le pedí que me adelantara algo. Se negó. Todavía en el aeropuerto, mientras esperaba el ingreso al avión, volví a llamarla para preguntarle si se trataba de verdad de algo muy serio, y no fue capaz sino de reducirlo a un "más o menos". El avión salió con dos horas de retraso, lo que hizo que al llegar a Auckland tuviera que correr de la terminal nacional a la internacional para poder alcanzar el vuelo a Los Ángeles, por donde tenía que pasar forzosamente de camino a Perú. En el trayecto entre terminales no pude dejar de pensar en la conversación que tuve con Susana Wells, la mujer del psiquiátrico con la que llevé a cabo mi última terapia. Había leído la nota en el periódico, a finales del año pasado, pero nunca imaginé que pudiera encontrarme cara a cara con ella: un esqueleto

reducido a escombros. Desde que fue publicado el suceso, hacía ya un año, había venido siguiendo la información del caso aparecida en la sección de policiacas del *Otago Daily Times*, que fue el periódico que se obsesionó con los crímenes, de modo que cada semana o dos presentaba noticias o reportajes sobre los avances de la investigación. En cualquier otra ciudad o país remoto (México, Nueva York, incluso París) estos crímenes seriales habrían sido moneda corriente, pero en Dunedin, esta pequeña ciudad al sur de la isla neozelandesa, donde las mayores tragedias son perros atropellados en la carretera o gatos ahogados en los estanques del jardín botánico, lo que había estado sucediendo en North East Valley era una pesadilla. Según la primera nota aparecida hacía unos cinco años, las víctimas eran prostitutas, oficio que en Nueva Zelanda es legal. Aparecían ahorcadas con un cable y martirizadas, en cuartos de motel o en las propias casas donde oficiaban. Las habitaciones quedaban con un regadero de sangre y, siempre, con los teléfonos descolgados, el cable pendiendo de la mesilla a ras del suelo. Si el asesino no se hubiera entregado a la policía una mañana, habría convertido la ciudad en un rastro, primero, y en un cementerio, después, pues en una entrevista concedida a un canal de televisión local no tuvo reparo en manifestar que lo único que quería era salir a la calle a matar a todos los que se encontrara en el camino, fueran putas o ministras. Lo que declaró sobre ti, ¿es cierto?, pregunté a mi interlocutora, tímidamente, después de haberme narrado (en líneas generales) la catástrofe que vivió aquella noche. Sí, y al decirlo parpadeó en repetidas ocasiones, velozmente. No tenía que decirme más. Yo mismo había escuchado la declaración del asesino, a puerta cerrada en una de las celdas de la cárcel, frente a las cámaras de televisión. Esa noche, tal como lo había escuchado de su propia voz, Susana Wells había sido abordada por el homicida afuera de la pizzería Etruscos,

donde normalmente esperaba clientes, en el centro de la ciudad, a una cuadra del Octagon. El hombre la llevó a un motel de paso a las afueras de Dunedin, cerca de la playa de St. Clair. Le abrió la puerta de la camioneta para bajar, algo poco común en los neozelandeses, y la hizo esperar afuera mientras él se entendía con la recepcionista. Después subieron a la habitación y ejecutaron el comercio carnal. No había visto nada fuera de lo normal en todo eso, hasta ese momento, salvo que al hombre, alto, desgarrado y de manos huesudas, con un bigotito que más bien parecía una línea oscura pintada por un crayón, le temblaba un poco un ojo, pero no le dio importancia. Era cierto que casi al final del comercio tuvo el presentimiento de que sobrevendría una tragedia inminente, pero no pasó a mayores, pues el hombre le pidió que se fuera, pagándole incluso un taxi. Susana Wells lo dejó completamente dormido, mucho antes de que las luces del taxi asomaran por la ventana y agigantaran la sombra de los árboles en la oscuridad del muro que dividía el motel de la carretera. Todavía le dio un beso en la frente, sin saber que unas semanas después sería llamada por la policía para declarar en contra de ese hombre de mirada infantil que había matado a más de veinte mujeres en un lapso de diez años. Cuando le preguntaron por qué no había matado a Susana Wells, la única a la que decidió perdonarle la vida, el asesino dijo que porque luego del ayuntamiento la mujer lo abrazó contra su pecho y lo besó en la mejilla del mismo modo que lo hacía su madre aquellas noches invernales de lluvia y terrible viento de Waverly. El hombre entonces miró fijamente a los ojos de su entrevistador, quien trastabilló en la silla en la que estaba sentado, tal vez pensando: ¿así se libra uno de la muerte, en realidad? Yo también pensaba lo mismo mientras atravesaba el corredor que me llevaría a la puerta de embarque del avión a Los Ángeles. ¿No es Dios quien nos fabrica el camino?, ¿es el azar el que usa nuestros propios zapatos? Pensé en mi estudiante Sara, de súbito. Su

imagen en el río, tendida, el cuerpo dentro de la bolsa de plástico negra, volvió a mí como una ráfaga, y tuve miedo: ¿no habría tenido ella a mano una caricia así, una mirada, algo que la salvara? Me inquietó no recordar sucesos pasados, movimientos tal vez imperceptibles, encuentros que tuve y, sin darme cuenta, una fuerza interna superior a mí me obligó a olvidar. ¿Acaso esperaba yo una caricia, un abrazo de ella, algo que me despertara un viejo recuerdo, para no matarla? El estrangulador de North East Valley dijo en un momento que no había actuado él, sino alguien más, un extraño, un forastero de sí mismo, esa voz que le hablaba dentro de su cabeza con la terquedad de un martillo. Eso mismo me llevó alguna vez a cuestionarme si los pensamientos que me aturdían no serían en realidad voces que tenía oprimidas dentro de mi cabeza. ¿Las escuchaba de verdad? Habría tenido que ser algo muy escondido para no darme cuenta, a menos que también las evadiera, como evadía recuerdos ingratos. Sentí que empezaba a faltarme la respiración, ya dentro del avión, en medio de tanta gente descalzándose, enterrándose en sus mantas, tapándose las orejas con las gomillas de plástico. Intenté distraerme con la revista que normalmente encuentra uno en la bolsita pegada a los asientos; encendí incluso el monitor, giré la mirada, sacudí la cabeza. Tenía meses preparando el viaje a Perú, a las ruinas de Machu Picchu, y ahora no quería sino bajar del avión y volver a casa, echarme en la cama y encender el televisor en cualquier canal, sólo para que la rutina me confirmara que seguía siendo el mismo de siempre. Pero no podía. En cambio tuve que continuar hacia adelante, sin poder determinar lo que iba a depararme la vida en una, dos, diez, veinte horas. Cuando por fin despegó el avión, encendí el monitor y busqué una película de comedia, que son las que mejor efecto me causan. Era una película argentina: *Corazón de león*. No era propiamente una comedia, porque hubo una escena que me hizo llorar, pero casi. Todavía me quedaban

dos días de viaje, así que tenía que irme acostumbrando. No pensé que debajo de mí estuviera el mar Pacífico. Ni que arriba hubiera un cielo embravecido, que hacía tambalear al avión, con sacudidas que le arrancaban gritos a la mujer de al lado. Me concentré en la película, como si fuera una extensión de mi propia vida, y me olvidé incluso de que iba en un avión. Entonces pude cerrar los ojos y quedarme dormido.

QUINCE

La confesión de Susana Wells me llevó a pensar, por primera vez, en quién podría ser el asesino de mi estudiante Sara Pike. Cuando podía salirme del contorno del homicidio, donde yo mismo me sentía victimario, conseguía darle la perspectiva necesaria a la escena del crimen, tal como cuando estamos frente a la pantalla de un cinematógrafo y, aunque nos involucremos emocionalmente con lo que estamos viendo, una parte de nuestro cuerpo sabe que en cualquier momento puede levantarse, salir de la sala y volver a la realidad. Así llegué a sentirme en más de una ocasión, sobre todo luego de la confesión de Susana Wells. Mucho de lo que elucubraba era confuso e inasible, y estaba conectado con el tiempo que trabajé como oficial secretario del ministerio público en México, donde llegué a integrar averiguaciones previas sobre oscuros homicidas y violadores. Durante ese tiempo leí una pila de libros de psiquiatría forense, que me apasionaban, y aprendí mucho sobre el perfil de los criminales, sobre todo de los asesinos en serie, que nunca son lo que imaginamos que son hasta que nos lo confirman ellos mismos de propia voz; de ahí que puedan pasar inadvertidos aun cuando duerman en el cuarto contiguo. La mayoría, sí, comparte tres peculiaridades irrefutables, que normalmente surgen en la infancia, eso era lo que había aprendido: son crueles con los animales, a quienes suelen torturar o asesinar, les seduce incendiar lo

que tengan a mano y se orinan en la cama, aun siendo adultos. Esto nunca lo olvidé porque yo, de niño, encajé en esa descripción, y hasta entrada la adolescencia sentí que en realidad, por mi conducta social desordenada, me convertiría en uno de ellos en el momento menos esperado, porque no sólo viví bajo la tutela de un matrimonio disfuncional, un padre violento y una madre sumida en la precariedad, sino que también siempre tuve la fantasía de matar a alguien, mis padres incluidos. Casi todo lo que aprendí de los asesinos seriales lo aprendí porque yo mismo, en secreto, me sentía miembro de su cofradía. Sin embargo, algo me salvaba: yo, en ocasiones, sí sentía piedad. Cuando robé la llanta de la revolvedora del lote baldío de la Rata y el tapete de la puerta de entrada de la casa de las Mier, y también el día que torturé y maté al gato de doña Pachis, dueña de la tienda de abarrotes a dos cuadras de mi casa, pasé semanas sintiéndome culpable y con un deseo casi irreprimible de ir a casa de los agraviados para pedirles perdón. Por eso estaba casi seguro de que el crimen de Sara Pike no lo había cometido un asesino serial, como algunos periódicos presumían, pues de otra forma la habría estrangulado en lugar de darle un balazo en la nuca. Dar un balazo en la nuca y abandonar a la víctima no es trabajo de un asesino serial. El asesino serial no mata nada más por cumplir su deseo de matar. No es el hecho de matar lo que satisface su deseo; es apenas el inicio real de su verdadera hambre, que es sentir poder sobre la víctima, dominándola y controlándola, manipulando cada una de sus orillas. Si Sara Pike hubiera sido estrangulada y presentara otros signos de violencia y tortura, donde se notara que el victimario tuvo control sobre ella y gozó durante los cuatro o cinco minutos que la muchacha habría tardado en morir asfixiada, podría pensarse en la posibilidad de que la hubiera matado un asesino serial, y nadie más. Además, Sara Pike había muerto en los alrededores del campus; no era una estudiante

solitaria que hubiera vagado por algún paraje desolado, ni tampoco pertenecía a ningún gueto, lo que la sacaba de las fronteras en las que generalmente actúan los asesinos seriales, cuyas víctimas pertenecen a grupos vulnerables (prostitutas, pordioseros, ancianos, niños) y normalmente se encuentran en una circunstancia de indefensión en el momento en que son atrapadas por sus depredadores. Quien sea que hubiera matado a Sara Pike no había llevado a cabo esos rituales. Tendría que ser, pensaba, alguien cercano a ella, o por lo menos de cierta confianza como para haberla sacado esa mañana del campus (con mentiras o promesas) y llevado hasta ese lugar del río, debajo del puente, con el claro objetivo de matarla. O tal vez fuera un hecho fortuito: alguien estaría ahí drogándose o en alguna otra circunstancia comprometedora y no tuvo más remedio, al ser descubierto por esa estudiante que pasaba a una hora y por un lugar equivocados, que matarla. Eso me sucedió a mí una mañana que iba a la preparatoria, durante el tiempo que viví en West Covina, California; mientras atravesaba el estacionamiento para alcanzar la puerta de ingreso que daba justo a mi salón de clases, por la parte trasera, un asiático sacó una pistola cromada y me apuntó con ella a la cabeza, así, sin ninguna razón aparente, quizá sólo por ver cómo me cagaba en los calzones. Estuve a punto de desvanecerme aquel día, y desde entonces no he dejado de pensar en la forma tan imbécil en la que uno puede perder la vida cualquier mañana, nada más porque a un desmadrado se le ocurrió. Recuerdo todavía que cargaba un bonche de libros en la mano, a la altura de la espalda baja, y con ellos me cubrí ese costado del cuerpo, con la ilusión de que ahí pegaran las ojivas que el imberbe me dispararía, de no atinarme a la cabeza, que era adonde me apuntaba. Fueron los segundos más largos que recuerdo; los pies me pesaban como si trajera suelas de plomo, y mi corazón no era sino una masa densa y espesa de atole. Jamás había visto antes al asiático;

ni siquiera estaba inscrito en la preparatoria, así que no había ningún motivo, salvo el del puro azar maldito, para que me apuntara a la cabeza con ese cañón cromado. Eso mismo podría haberle sucedido a mi estudiante: que alguien, de manera fortuita y sin ninguna premeditación, sólo por no poder tolerar haber sido sorprendido en un estado inconveniente, o sólo por el mero gusto de sentirse dueño de la vida de la humanidad por un instante, no encontró mejor propósito que deshacerse, de un plumazo, de esa desconocida que pasaba despistadamente por ahí. O tal vez lo otro: que un conocido, por una razón insospechada, una rencilla fatua, un resentimiento añejo, o por mero despecho, hubiera calculado meticulosamente su crimen para llevarlo a cabo el día y la hora precisos, con fatales consecuencias. Cualquiera de las dos posibilidades me parecía viable, pero nunca creí que se tratara de un asesino en serie, a menos que ése fuera su primer homicidio. Pero cómo saberlo.

DIECISÉIS

El viaje a Perú fue memorable, pero no tuve a nadie a quien contárselo la noche de mi regreso. Los objetos del departamento me esperaban impasibles en el mismo sitio; la misma sudadera negra que había dejado colgada del respaldo de la silla del comedor seguía ahí, incólume, yerta. Lo mismo los tres vasos sucios que abandoné en la tarja del fregadero, y la pluma sobre el teclado de mi computadora; todo continuaba en el mismo sitio, y seguro así habría permanecido de no haber regresado nunca más. ¿No nos extrañan ni siquiera las cosas que dejamos cuando salimos de viaje?, ¿acaso de verdad están muertas? Me sentía un desdichado parado en medio de la oscuridad, con la maleta recostada contra las rodillas y el saco en el antebrazo, balanceándose de un lado a otro. Dormí no sé cuántas horas ese día, pues pasé el viaje en vela y el cambio de horario me había afectado más de la cuenta. Muchas horas de vuelo en pocos días. Me gustó Perú por las mismas razones que me gusta México, y por lo mismo también lo aborrecí. Estar en Perú era como estar en mi país, de forma que descubrirlo fue como redescubrir mi propia cultura: pobreza, desigualdad, corrupción, injusticia, resentimiento, pero también generosidad, calidez humana, solidaridad. A la mañana siguiente desperté con la sensación de que mi separación de Maki era algo que sólo había leído en alguna novela y no la realidad, y que por eso la encontraría, como cada mañana,

en la cocina, preparando los lonches de los niños para la escuela. Imaginé que este sucio departamento era mi immaculada casa de Brockville, donde vivimos juntos casi siete años, y que mis hijos estarían en sus habitaciones, esperando el llamado de la madre, metidos en el fondo de sus cobijas, acatarrados o sin ganas de mover un dedo. Recuerdo con gran nostalgia aquellas mañanas que odiaba. No me gustaba la rutina que implicaba levantar a los hijos a gritos, apresurarlos a tomar el desayuno o bañarse, obligarlos a peinarse y empujarlos para subir al coche, casi con la punta de una navaja de rasurar enterrada en un costado. Cuánto daría ahora por tener, al menos, una mañana de éstas, pero sobre todo la certeza de que alguna vez puede volver todo eso que perdimos, aunque lo hayamos perdido para siempre. Me levanté a oscuras y fui así al baño, sin encender la luz del pasillo, para sentir la presencia de mis hijos en sus habitaciones, como antes. La endeble luz que se colaba por debajo de la puerta del pasillo me anunciaba que Maki estaría en la cocina; incluso podía escuchar el cuchillo con el que partía queso o picaba tomate para embadurnar el pan blanco. Entré al baño a ciegas y me senté en el retrete para poder pensar, con los ojos aún cerrados, que todo había vuelto a la normalidad, que había sido otra mala noche, una más entre todas las que me han venido arrastrando por años, y que podía ir a la cocina, abrazar a Maki por la espalda y contarle alguna historia curiosa o un chiste del Costeño. Jalé la palanca del baño, volví a la habitación y me metí de nuevo entre las sábanas. Estiré la mano intentando alcanzar el cuerpo de Maki, como lo acostumbraba antes en las mañanas poco después del amanecer, pero su lugar estaba vacío, un mero agujero que se hundía hasta el sótano. Dejé de soñar y me puse de una buena vez en pie. Tenía que ir a la comisaría de policía, buscar al detective que me entrevistó y darle la información que me había confiado Ben, por considerarla valiosa. Me enfundé en un pantalón de

mezclilla, me puse camisa y saco y fui a la comandancia, cercana a la cárcel, junto a la estación de tren. Entré en la misma sala de espera fría en la que había estado antes, esperando el llamado del detective, ávido de entrevistarme. Una mujer policía sacó la cabeza y me preguntó qué se me ofrecía. Le dije que estaba buscando al detective Riley. Cuando apenas iba a responderme, el detective apareció al fondo del pasillo, con unas hojas engrapadas y una taza de café en las manos. Me vio y me invitó a pasar a su pequeño cubículo. Me senté en una silla pegada a la barda y, de pronto, me sentí pálido, enfermo, trasijado. ¿Le pasa algo?, preguntó el detective. No, nada, han sido las horas de avión, que me han desmembrado. El detective Riley me preguntó en qué podía servirme, hurgando como un perro de caza los márgenes de mi rostro. Le conté lo que me había pasado en la sesión del psiquiátrico, los detalles de la conversación con Ben y la información sobre la posible asesina de Sara. El detective me miró como quien mira a alguien que intenta desviar el rumbo de los acontecimientos. No me lo dijo, pero sus ojos revelaban una certeza: yo era el asesino e intentaba enrarecer la investigación. En muchos momentos pensé que sí lo era; mi trastorno obsesivo-compulsivo solía tenderme trampas así, pero en circunstancias de pura lucidez estaba convencido de que la relación con mi estudiante no había pasado a mayores. De otra forma yo habría sido el más sorprendido en confirmarlo. El detective Riley me dijo que no podía fiarse de la declaración de una persona con problemas mentales y que, de ser cierto lo que yo afirmaba, tendríamos que buscar la forma de grabar esa confesión. ¿Me está pidiendo que vuelva a tocar el tema con Ben y lo grabe? Mi interlocutor asintió con un movimiento de cabeza, de arriba abajo, un movimiento lento que llevó a cabo al tiempo que tamborileaba lentamente con los dedos sobre el escritorio, su mirada aún sondeando el interior de mis ojos, como intentando desvelar la verdad que ahí tenía maniatada.

¿Tiene algo que decirme, detective?, le pregunté porque no podía resistir la tentación. El detective Riley se mostró parco. Estuvo a punto de decirme algo, pero prefirió guardárselo. ¿Ha declarado algún testigo en mi contra?, lo instigué un poco, al ver que detrás de sus dientes frontales se le atrancaba un alud de palabras. Decírselo iría en contra del curso de la investigación, dijo, y cerró la carpeta que tenía abierta de par en par, sobre la mesa. Su declaración me abrió un frente que no sabía cómo paliar. En un momento pensé que sabía algo más y no quería decírmelo. Pensé, de pronto, que Bianca había dicho algo sobre mí, pues ya no contestaba mis mensajes de texto, ni siquiera en esa forma cordial en la que suelen terminar las relaciones pasajeras. En cualquier caso, lo único que tenía era la declaración de Ben, y había que inventar algo para poder hablar con él. Mi siguiente sesión sería la próxima semana, pero no podría ir porque tenía cursos de inscripción en la universidad y estaría ocupado. Tendría que buscar otra vía de acercamiento, pero no imaginaba una sola. Me levanté de la silla y le dije al detective que volvería. Riley me detuvo con un movimiento de mano y me indicó que no podía irme sin llevarme la grabadora con la que tendría que registrar mi conversación con Ben. Está bien, dije, y en ese instante me percaté de que había pasado por alto ese detalle. De un cajón de su escritorio el detective sacó una pequeña grabadora con un micrófono que tenía un cable largo como el de los audífonos, y me indicó cómo tenía que ponérmelo y usarlo. Luego de darme las instrucciones correspondientes, volví a decirle que regresaría, esta vez recorriendo la silla hacia un lado para poder salir. El detective Riley me dijo que estaba bien sin levantar la vista, anotó algo en una de las hojas del expediente y lo cerró como se cierra el cofre donde se guarda un tesoro. Salí de la oficina peor que como llegué: me revoloteaban las dudas, estaba confundido, qué carajos había hecho. ¿Por qué me estaba involucrando tanto en un asunto

del que debía olvidarme?, ¿acaso eso no me incriminaba?, ¿yo mismo sabía que escondía algo? Conduje precipitadamente hacia el Meridian. Estacioné el coche en el segundo piso, junto al elevador, y bajé por las escalerillas. El centro comercial estaba a reventar: la gente iba y venía, atropelladamente. Como me pareció ver, entre el tumulto, a Maki y a mis hijos, en retirada hacia los restaurantes del primer piso, aceleré el paso, escurriéndome entre la muchedumbre, pero al llegar a la joyería junto a la tienda de bolsas me di cuenta de que quien bajaba por las escaleras eléctricas era una mujer con dos niños muy parecidos a mis hijos. La mujer levantó la vista y me miró a los ojos, como si supiera de mi desatino, y luego volvió a poner la vista hacia adelante, con una expresión de lamento. Me encogí de hombros y me di la media vuelta, perdiéndome entre la mancha de gente que se acumulaba en torno de un festival infantil que estaba a punto de empezar en la pequeña explanada de en medio.

DIECISIETE

Habían pasado semanas o meses sin que me hubiera comunicado con mis padres, y aquella tarde más bien fría, desesperado a mitad del oscuro túnel en el que se empezaba a convertir mi cuerpo, los llamé. Mi relación con ellos era similar a la que establecen los reos de los reclusorios con sus familiares: casi siempre los ven a través de un grueso cristal; pueden hablarse mediante un teléfono que pende de uno de los brazos laterales del locutorio, pero nunca tocarse. Así me sentí cuando vi, del otro lado de la computadora, a mi madre, su cara larga como una espesa gota de aceite. A su lado, en uno de los márgenes de la pantalla, mi padre, siempre esquivando con monosílabos mis largas preguntas y yéndose a cualquier parte en el momento en que más necesitaba que se quedara. En ocasiones pienso que habría sido mejor tener una piedra que tenerlo a él. Toda mi vida ha sido una sombra o un fantasma para mí, y yo, para él, un marica al que le asustaba la oscuridad de la noche. Muchas veces quise decirles que mi vida, gracias a ellos, era un embuste, y que me daba vergüenza enseñar la foto de la infancia junto a ellos, en aquel viaje que hicimos a Monterrey, pero nunca pude. Aquella tarde, luego de mentirles diciéndoles que les mandaban saludos sus nietos, con los que acababa de regresar de una expedición en la reserva ecológica de Orokonui, les pregunté cómo estaban. Mi madre giró la cabeza, estirando los pellejos que son ahora

sus mofletes y la comisura de sus labios, y miró a mi padre, levantándole la quijada, como incitándolo a hablar. Mi padre sacó las cejas por encima del hombro de mi madre, luego los ojos, el tabique de la nariz, la boca, la barba, y me anunció que lo embargarían la siguiente semana, según lo indicaba el citatorio que le había llegado del juzgado. Lo embargarían, me dijo, por no haber pagado la factura de las llantas de su taxi, que, por cierto, permanecía aún sin motor en el taller mecánico. Intentó hablar con el dueño de la llantera, ofreciéndole pagar las llantas a plazos, pero el dueño de la llantera casi le dio con la puerta de su oficina en las narices. Que se arreglara con su abogado, le dijo. El silencio que se hizo entre los dos me dio un mal presentimiento. De pronto se quedaron estáticos del otro lado del mundo, y yo pensé que en realidad era la pantalla que se había congelado. Les dije que no los escuchaba, y mi madre, entonces, con voz terregosa, trastabillante, me dijo que sí, que sí se oía. Sentía todavía el ambiente enrarecido, aquí y allá, tirante, como una cuerda que se tensa entre dos puntos inciertos. Carraspeé y les pregunté si pasaba algo. Mi madre volvió a mirar a mi padre con el mismo rostro lastimero, sus ojos empujando a mi padre a dar los pormenores, pero mi padre no decía nada, sólo "ya te digo", y otra vez, "ya te digo", repetía como lo hace un eco al fondo de una cañada, rebotando entre los murallones de piedra. ¿Pasa algo? Mi madre, al ver que mi padre no articulaba palabra, pues parecía haberse mudado a otro planeta, me dijo por fin que en realidad el problema era que no tenían dinero para pagar las llantas. Es decir, sí tenían dinero, pero mi padre lo tenía comprometido para dar la entrada de un nuevo taxi. Eso fue lo que dijo mi madre, mirando a mi padre en espera del asentimiento, que mi padre, luego de una pausa, consintió. No sabes lo bien que me va a ir con dos taxis, m'ijo, aseguró, como siempre, con su cara de imbécil. No dije nada. Mi madre, en cambio, habló del nuevo taxi de mi padre como si

hubiera olvidado la pila de fracasos que éste llevaba sobre la espalda. No habríamos enfrentado la precariedad si mi padre hubiera aceptado a tiempo que era un completo perdedor, y hubiera permitido que con lo que sacaba mi madre de la estética se sostuviera la casa, pues habría sido suficiente, en lugar de haber mantenido, con ese escaso sueldo, las empresas fallidas de mi padre, dejándome a mí en la orfandad. Mis padres se quedaron mirándome, con los ojos acuosos. Noté en ellos un ligero arrepentimiento por haber dicho lo que ya era inevitable echar hacia atrás. Entendí lo que me estaban pidiendo y no dudé en ofrecérselo. En un rato te deposito lo de las llantas, dije sin más, dirigiéndome a mi madre. Mis padres siguieron en silencio por un instante. Luego mi madre intentó persuadirme de que no lo hiciera, como si la intención de decírmelo no fuera una petición sino, más bien, un conciliábulo, no fuera a ser que la obligación de llevar a cabo tan penosa diligencia recayera en un ex compañero mío de la Facultad de Derecho. Yo sabía que no era así, por eso insistí en que no tenían que darme más explicaciones. Me dará gusto ayudarles con eso, repetí. ¿De veras?, adelantó mi madre, ingenua. Mi padre dijo gracias, m'ijo, desde atrás del hombro de mi madre, con cierta vergüenza, y mi madre, como siempre, se apresuró a cambiar el rumbo de la conversación. Me preguntó sobre mis hijos y le confirmé lo que ya le había dicho antes: estaban bien. Volví a mentirles diciéndoles que había estado un día antes en casa de Maki y los había encontrado mejor que nunca. Habría querido decirles que Julieta estaba yendo a terapia psicológica, pero qué habría ganado con ello, de manera que les dije que la habían dado de alta y que ahora le estaba yendo bien en la escuela, leía mejor y escribía dentro de los estándares normales. Qué bueno, dijo mi madre. Pero se le notaba que no le interesaba saber mucho sobre mis hijos, sino, más bien, haber solucionado el problema de las llantas de mi padre. Por Maki no me

preguntó; nunca sintió por ella ningún afecto, a pesar de que Maki jamás dejó de dedicarle atenciones y siempre la trató con respeto. Con respeto, aunque con distancia, y con cierta frialdad. Cuando le dije que Maki tenía pareja, mi padre se levantó y se disolvió en el baño. Mi madre se agachó para levantar algo del suelo, y cuando volvió a aparecer en la pantalla fue sólo para concluir la conferencia con el argumento de que algo en la lavadora se le había atrancado y tenía que sacar la ropa inmediatamente. Me despedí de ella confirmándole lo del depósito y luego levanté una mano, que ondeé sobre la pantalla de la computadora, como los pescadores cuando se despiden de sus amantes en los puertos, antes de perderse en algún naufragio. Presioné el botón de cancelación de video. Era la forma natural que utilizaba para olvidarme completamente de ellos.

DIECIOCHO

La conversación con mis padres me hizo recordar el deseo que he sentido de matarlos, sobre todo a mi madre, a quien amo. Es un deseo contradictorio, porque si bien la amo, como he dicho, también tuve en aquel tiempo (y aún hoy) deseos de matarla. Nunca le perdoné que tuviera mayor interés por mi padre que por mí, siendo que mi padre había sido un hijo de puta con ella, y yo, en cambio, no hacía sino adorarla. También lo había sido conmigo, mi padre. Me golpeaba, me hería, solía descargar su odio sobre mi culo, y eso nunca se lo perdonaré. Hay algo que le confesé a mi psiquiatra aquella mañana, y que estaba relacionado con esto. Tenía días recorriendo la carretera en auto, principalmente en el camino de Dunedin a Timarú, la ciudad de Sara, por la noche, levantando viajantes que hacen autostop. Había estado haciéndolo únicamente para no sentirme solo, como a ratos me sentía. Sólo para poder conversar con alguien durante el trayecto, y porque me apasiona conducir. Por eso empecé a hacerlo al terminar mis clases en la universidad, apenas oscurecía. O los fines de semana, durante el día, o en la noche. Igual me daba. No me importaba si se trataba de hombres o mujeres, aunque prefería a las segundas, aun cuando fueran en direcciones opuestas a la mía. Mi psiquiatra me dijo que en ello no había nada malo, le parecía incluso una recreación sana y generosa de mi parte, pues ayudaba a la transportación de personas, y

aparte aprovechaba para tener a alguien con quien conversar largamente en los días de hastío. Eso era verdad; lo hacía incluso por una utilidad meramente literaria, pues también creo, como Hobbes, que la verdadera lectura es la que se hace no de libros sino de hombres. Cada vez estoy más convencido de ello, y huyo despavoridamente de idealismos absurdos. Así que esos trayectos acompañado de seres desconocidos que me contaban su vida en un abrir y cerrar de ojos, además de sus deseos y sus frustraciones, sus mentiras, su dolor, no significaban un desperdicio. Nada de eso. No quise confesarle a mi psiquiatra, eso sí, que lo hacía con una pistola debajo de mi asiento. Una pistola calibre .22, negra, que siempre me producía el deseo de entrar en un descampado, una zona solitaria llena de pinos, bajar a mi acompañante y vaciarle la pistola en la cabeza. Quería, de alguna manera, iniciarme y adquirir suficiente entereza para luego asestar el golpe más fuerte, sin ningún remordimiento: matar a mi madre. La idea me poseía en ciertos momentos y no había forma de librarme de ella. Era una obsesión que entraba y salía de mí, y a la que yo veía tal como se ven las batientes de ingreso a las cantinas. No podía dejar de ver la escena representada en mi cabeza, como si trajera un cinematógrafo dentro; tampoco podía librarme de ese momento en que llegaría a la casa, subiría al segundo piso, donde mi madre suele lavar y tender ropa, y luego cogería un martillo para machacarle con él la cabeza. Luego de machacársela se la arrancaría y la pondría sobre una mesita de la sala, donde empezaría a tirarle dardos, mientras esperaba a mi padre. Me producía placer pensarlo, imaginarme incluso haciéndole puré la cabeza a martillazos, para luego poner las cabezas sobre la mesa, mandarme traer unos tacos de adobada y comérmelos delante de ellos, por primera vez libre de insultos, por primera vez llevando yo la voz cantante. A mi psiquiatra no quise confesarle ninguno de estos deseos que me hostigaban todos los días: era obvio que

iba a proceder de otra manera, incluso denunciándome a la policía, como lo establece la ley neozelandesa, así que me limité a contarle sobre mis viajes nocturnos y mi afición por levantar desconocidos de la carretera, con quienes solía conversar de cualquier cosa, incluso de mis problemas de ansiedad. El psiquiatra me prestaba poco o nulo interés; lo que quería era que terminara con mis cuentos de todos los días y me largara, para poder ir a su juego de tenis. No sabía siquiera lo que había detrás de lo que le estaba contando; ni siquiera se interesaba en ello, ni mucho menos sospechaba que, en ciertos momentos, era su cabeza la que veía cortada sobre la mesa de mi comedor, donde cenaría los tacos de adobada, y no la de mis padres. Su cabeza destilando sangre por la mollera, escurriéndole por las sienes, como una fuente. No sabía nada y por nada se interesaba. Por eso nunca fui más prolijo: porque a los psiquiatras no les interesa que sus pacientes sean más prolijos, ni siquiera les interesan los pacientes mismos ni sus crónicas de viajes. Ellos sólo quieren medicarlos con la dosis correcta y echarlos fuera del psiquiátrico, para que no se vayan a cortar las venas dentro, lo que estropearía sus vacaciones el próximo verano o su aumento de salario el año siguiente. Si no te salvas tú mismo, nadie más lo hará por ti. Ir al doctor o al hospital debe ser la última de las cartas que quieras jugar, si no quieres darte contra un muro de puro hocico. Y entre ir al hospital y enterrarte tú solo un verdugillo en el cuello, mejor es que tú solo te entierres el verdugillo en el cuello, sin ninguna duda. Eso me quedó claro desde el principio, pero tenía que seguir los cauces de mi tratamiento, porque de otra forma habría sido imposible hacerme de días de asueto en el trabajo o simplemente de las pastillas para dormir que necesitaba en algunas ocasiones, las cuales, a diferencia de lo que sucede en México, sólo podía adquirir con prescripción médica. En muchas ocasiones me he preguntado qué habría pasado si, por un mero descuido o un

puro afán de alimentar mi ego, le hubiera confesado al psiquiatra o a algún colega del departamento todo lo que pasa por mi cabeza en un solo día, en una hora, en un minuto incluso. Es verdad que tengo pensamientos primaverales, donde hay niños y niñas corriendo sobre campos de algodón, sueños de ángeles o momentos en los que puedo sentarme a la mesa con mis padres y abrazarlos, pero la mayoría de las veces me retuercen los pensamientos oscuros; nacen y mueren historias que podrían espantar al mismo diablo y que tal vez por ello prefiero contármelas nada más a mí mismo. Nadie sabe realmente lo que está pasando por la cabeza de quien está hablando con nosotros, aun cuando nos esté contando una linda historia familiar. Yo sé que detrás de esas historias hay otras funambulescas que podrían tumbar el techo de cualquier casa. El contacto con mis padres siempre me dejó alterado, días y días para poder limpiar mi cuerpo y mi cabeza, por eso cada vez me comunicaba menos con ellos, y siempre vivía con la esperanza de que, un buen día, me dieran la alegre noticia de su muerte. Si es que no los mataba yo antes.

DIECINUEVE

No entré a sesión aquella mañana. Me quedé en la cafetería junto a la puerta de ingreso a la sala del psiquiátrico. La cafetería tenía una ventana por la que se podía ver claramente a todos los que ingresaban y salían de la clínica; incluso podía atisbarse una puertilla lateral que era utilizada por el personal médico. Ben, a quien había visto entrar unos minutos antes de bajarme del coche, mientras lo estacionaba, tenía que salir por ahí forzosamente, pues no había otra salida por la parte trasera. A menos que existiera una puerta interna, que conectara el psiquiátrico con otras salas de urgencia o con la recepción del primer piso, en media hora, o una hora a lo mucho, Ben estaría abandonando el hospital. Por eso me acodé en una de las mesas, pedí un café y un panecillo de mermelada de fresa y mientras transcurría el tiempo me puse a terminar de traducir los poemas de Michael Harlow. Uno de esos poemas hablaba de los hijos. Los comparaba con cucharas flotando sobre un muro azul, bajo un cielo luminoso. En ocasiones yo también despierto y pienso en mis hijos como seres que flotan a mi alrededor, cantando o brillando, pero que no puedo tocar cuando extendiendo la mano. Los veo cada vez más lejanos de mí, pero yo siempre estoy más cerca de ellos. ¿Cómo puede ser? Lo más lógico sería pensar que dos cosas que se alejan se alejan simultáneamente en la misma proporción, hacia un lado y hacia otro, pero en este caso mis

hijos se alejan más de mí, tanto que no puedo tocarlos, mientras yo me acerco más a ellos. En el poema de Harlow tengo la sensación de no poder tocar nada, ni a mis hijos. No los puedo tocar, aunque la luz de sus cuerpos, flotando sobre el muro azul, casi me queme. Me incordia pensar que mis hijos, alcanzada cierta edad, no podrán evitar olvidarme, echarme de sus vidas, y yo no podré hacer nada, nada, por influir en la de ellos, aunque me esté muriendo en una cama de hospital. Les gritaré, tal vez, que soy su padre, que de mí salieron, que yo me desvelé por ellos cuando eran niños, cambiándolos de cama, arrullándolos en las noches, acariciándoles la espalda o golpeándoles el pecho para que no se ahogaran con su propio vómito, pero ni así serán capaces de comprenderlo porque yo para ellos seré menos que un extranjero que llega a una ciudad desconocida y al que nadie le extiende la mano para darle la bienvenida. Mientras que ellos, para mí, seguirán siendo esas cucharas luminosas flotando sobre un muro azul, cercano a mí, con sus ojos insustituibles sobre los míos, a través de los cuales contemplo la vida. Cuando levanté la cabeza para tomar un respiro, pues no encontraba la palabra (o la imagen) correcta en español del último de los versos de Harlow, vi que Ben salía de la clínica. Se detuvo un instante para sacar las llaves de su coche, luego de buscarlas desesperadamente en las bolsas de su chaqueta, y emprendió el camino en dirección al estacionamiento del New World. Me incorporé y pagué rápidamente el café y el panecillo, enrollando la carpeta con los poemas de Harlow. Salí corriendo, sin perder de vista a Ben, que no parecía llevar mucha prisa, pues se había detenido enfrente del edificio de medicina, junto a la puerta entornada, para ver no sé qué detalle que había despertado su curiosidad. Me acerqué diciéndole buenos días. Volteó a verme y, por un momento, echó la cabeza hacia atrás, con sorpresa, como si en realidad tuviera enfrente a un desconocido. Tardó unos segundos en reconocirme. Entonces

me extendió la mano y esbozó una sonrisa. Me saludó por mi nombre y apellido: Roque de la Mora, cómo te va. Me sentí un poco extraño, pero no era momento para detenerme en estupideces. Fui al grano, pues dar un rodeo habría desvelado más fácilmente mis dobles intenciones. Le dije que había llegado un poco tarde a la sesión y había decidido no entrar, y que si no le molestaría darme un resumen. ¿Un café?, solté. Ben no tuvo objeciones; asintió como lo tomáramos cada semana. Fuimos a la cafetería del New World, donde habíamos estacionado ambos el coche. Ya en la cafetería le pedí que me aguardara unos segundos para ir al baño. Aceptó. Me levanté recorriendo con cuidado mi silla hacia atrás, para no golpear el respaldo del comensal que estaba a mis espaldas, y fui al baño. Cerré la puerta con seguro y me coloqué en la bolsa de la camisa la grabadora, que traía dentro del saco, con el pequeño micrófono apuntando hacia afuera. La encendí antes de salir, para no tener que maniobrar durante el almuerzo. Cuando volví a la mesa encontré una taza de expreso en mi lugar, que Ben se había tomado la molestia de ordenar. Supongo que también lo tomas así, Roque de la Mora, me dijo, llamándome otra vez por mi nombre y apellido, lo que me causó un poco de extrañeza. Qué comes que adivinas, dije, sin mostrar reticencia. Me senté de frente al paso de la gente que entraba y salía del supermercado, cargada de bolsas o con los carritos llenos de barras de pan y salchichas. Luego de que Ben me hizo un rápido resumen de la sesión del día, en la que todo había transcurrido con la misma monotonía de siempre, aproveché para poner sobre la mesa el tema de la amiga de su amiga, quien decía ser la asesina de mi estudiante Sara. Me asombró mucho lo que me contaste, le dije. Todos estos días. ¿Cómo fue eso? Hice la pregunta más bien con indiferencia, como pasándola toda por un tamiz de desgano, aunque no sin cierto interés. Ben hizo una pausa que me hizo tambalear. Me miró a los ojos por un instante y

luego le dio un sorbo a su expreso, sin despegarme la vista. Me hurgaba todo el rostro de una manera extraña. En un momento pensé que había cometido un tremendo error al volver a tocar el tema, y que se me había notado demasiado interés por el asunto. O que incluso había descubierto la grabadora que llevaba escondida en la bolsa de la camisa. Me cercioré de que no se notara, y corroboré que no era posible que la hubiera visto. Ben dio otro sorbo, carraspeó y me confesó que las cosas parecían ir de mal en peor. No lo entendí, en un principio, pero dejé que hablara. ¿Te refieres a tu amiga? No, Roque de la Mora, me dijo, otra vez llamándome por mi nombre y apellido. Se refería en realidad a la amiga de la asesina. Me confesó que la habían ingresado en el psiquiátrico, con intenciones de que no saliera más. Como no quería que se perdiera en esa madeja de sucesos, le pregunté entonces qué era exactamente lo que le había confesado a su amiga sobre mi estudiante Sara. Lo que ya te dije, aseguró Ben. Que la había matado. Ben me confesó, delante de mi grabadora, lo mismo que antes, pero agregó algo que no había dicho: se trataba de una carta que había escrito la amiga de su amiga, y que le había entregado a su amiga, primero, y luego su amiga a él. ¿Una carta? Sí, confirmó Ben. ¿Y qué dice? Ahí lo confiesa todo. Ben me explicó que era una carta escrita con letra apresurada, nerviosa, en una hoja de libreta de rayas. Le daba la impresión de que la amiga de su amiga la había escrito mientras atravesaba por una dura crisis, tal vez al borde de la locura. Y ahora está en el psiquiátrico, la pobre, dijo. ¿La asesina?, pregunté, y después corregí. Quiero decir: ¿la supuesta asesina? No, dijo Ben, mi amiga. Está mal. Y, además, le ha dado un infarto. Después de decirlo no pasó nada registrable, salvo que terminé mi café, hablamos de cualquier cosa y nos prometimos comer más seguido el desayuno juntos. Tú eres mi verdadero amigo, me dijo, sin llamarme esta vez por mi nombre y apellido. Aunque es

difícil entender lo que es la amistad para un neozelandés, pues a veces puedes pasarte años sin verlos y un buen día se aparecen en tu casa con una botella de vino para celebrar el año nuevo, le dije a Ben que pensaba lo mismo. Tú también eres mi mejor amigo, y le di una palmada en el hombro. Ben me devolvió la palmada en el hombro y levantó la mano al despedirse. Fue la última vez que lo vi.

VEINTE

Fue luego del desaguisado entre Richard y Lisa, y del principio del final de Richard como jefe del departamento, cuando acudí a la comandancia de policía para llevar la grabación, guardada en el bolsillo de mi saco como un diamante. Los que me vieron salir del departamento usando las escalerillas del ala sur del edificio pensaron que estaba avergonzado por haber intentado defender lo indefendible, esto es, las últimas acciones de Richard en contra del personal administrativo, pero en realidad yo simplemente había adoptado una actitud indiferente, relacionada con el hecho de que gracias a Richard pude recuperar mi trabajo en la universidad, luego de la treta orquestada por el infame Patrick. De haber continuado El Gran Perverso, ahora estaría limpiando baños en Pack n' Save. No era zalamería sino gratitud. Por eso metí la mano y le tapé la boca a Lisa. No le dije que era ella quien estaba azuzando al personal administrativo porque no quería pasar de testigo a victimario, pero todos sabían que Lisa estaba confabulando contra Richard para hacerse de la jefatura del departamento, largamente ansiada. Le habría dicho también, si me hubieran apurado, que poco o nada nos favorecía que fuera amiga personal del rector, si los beneficios que salían de sus reuniones familiares mensuales iban directamente a su bolsillo y no al departamento. Algunos colegas también creían que me estaba congraciando con el jefe por lo del

crimen de Sara, sin saber —a eso ha llegado la imbecilidad académica— que uno normalmente paga primero al banco las deudas más viejas y al final las más recientes, y eso era lo que yo estaba haciendo: agradeciéndole a Richard —a quien además le gustaban los mismos poetas que a mí— que hubiera promovido mi reinstalación. Se lo habría dicho a todos en la cara, con un escupitajo, pero ya no quería echarle más leña al fuego. Dije lo que tenía que decir, con el brazo atravesado en la mesa, y salí de ahí rumbo a la comandancia de policía. Recuerdo que se había metido el sol de pronto y empezaba a llover. Nada, pues, extraordinario en una ciudad famosa por tener las cuatro estaciones en un solo día. Bajé del coche, que dejé estacionado a la vuelta, junto a la oficina de correos, y atravesé la calle por un costado del edificio, para entrar por la puerta trasera de la comandancia, que daba justo a la oficina del detective. Lo encontré sentado, bebiendo café, con las piernas abiertas, pasándole nada más por encima, sin ningún tipo de interés, los ojos al *Otago Daily Times*. Me asomé por la ventanilla y levanté las cejas, señalándole la grabadora con el dedo índice. El detective sabía a lo que yo iba, por eso dejó la taza sobre la mesa y me abrió la puerta enseguida. Su mirada aún era imprecisa, incrédula, pero nada como al principio. Me pidió que me sentara y lo hice, poniendo sobre la mesa la grabadora y pidiéndole que él mismo la echara a correr. Su mano se estiró con cierta reserva, como si fuera a accionar una bomba. Apretó el botón y, luego de un sonido similar al que hacemos al arrugar un periódico, la voz de Ben empezó a oírse nítida, precisa, sin titubeos. Al principio, el detective Riley tomaba nota; después paraba la grabación, la regresaba y volvía a tomar nota. Por una razón que aún no logro entender, me pidió que me saliera. Sólo unos minutos, aclaró. Salí y me senté en una de las sillas de la hilera de afuera. El detective salió también y regresó con el expediente del caso, que cada día engordaba más. Estuvo

revisándolo mientras escuchaba la cinta. Yo empecé a dudar de la grabación. ¿Habría dicho Ben algo que no pude entender? ¿Algo que me delatara sin saberlo? Es cierto que no logro comprender todo lo que se me dice en inglés, pues no es mi lengua materna; también lo es que en ocasiones presto menos atención de la que debiera, porque me es difícil concentrarme en una sola cosa. Toda mi vida he padecido déficit de atención, de forma que quince o veinte minutos los puedo tolerar perfectamente, pero más de eso me es prácticamente imposible. Cualquiera cosa, hasta el ruido del ventilador, puede sacarme del lugar donde estoy y meterme en una dimensión desconocida. El detective, además, miraba el expediente, escuchaba la cinta y me veía a mí; inmediatamente después regresaba a ver el expediente, no sé si fotos o testimonios, para luego escuchar la cinta. Luego de casi quince o veinte minutos, salió y me invitó a entrar de nuevo. No me dio pormenores, como pensaba. Bebió otro sorbo de café y con una parquedad de miedo me dijo que era probable que se me citara otra vez; me agradeció la grabación, que se quedó bajo custodia. Cuando iba a levantarme para irme, me detuvo. Espera un minuto, dijo. Y salió de la oficina, tambaleándose. Intenté ver la nota que había escrito en un borde del expediente, pero me fue imposible: estaba escrita con una letra garrapateada. El detective volvió unos minutos después con una forma que parecía un acta de divorcio. Haga el favor de firmarla, dijo, y me la puso enfrente, acompañada de una pluma. Es sólo el acta donde se indica el aseguramiento de esta evidencia, otorgada por usted mismo, me dijo al ver mis ojos inexpresivos, fantasmales. Cogí la pluma y firmé sin leer lo que había firmado. El detective no abrió la boca. Me despedí levantando la mano, que me temblaba. Busqué, todavía antes de cerrar la puerta, una respuesta en sus ojos, que me miraban sin expresión, como si escondieran una verdad que yo no alcanzaba a vislumbrar. ¿Habría algo en esa grabación

que yo no sabía? Era imposible, por ahora, saberlo: había dejado el casete en la comandancia y no había tenido la previsión de guardar una copia para mí. Volví a mi auto, luego de comprar unos cigarros en la tienda de abarrotes de la esquina. Encendí uno apenas cruzar hacia el otro extremo de la calle, mientras veía ir y venir a los automóviles, y salir el sol de nuevo, aunque todavía seguía cayendo una lluviecilla pertinaz. Cogí el teléfono y llamé a Maki, pero no tomó la llamada, aunque yo sabía que estaba del otro lado de la línea, escuchando el timbre sonar y viendo mi nombre titilando en la pantalla. No quise insistir más. Ella tenía razones extrañas conmigo. Desde que nuestra relación terminó se ha mostrado reticente a aceptar que pudo haberse equivocado. ¿Realmente era para tanto? Yo no podía perdonarle, eso sí, que me dejara en el momento en que más la necesitaba, aun con el pretexto de la infidelidad. Es un tema del que todavía no puedo hablar, pero al que seguramente le llegará su hora, como a todo.

VEINTIUNO

Tres semanas pasaron hasta que la policía pudo resolver el crimen de mi estudiante Sara. Nadie hubiera creído —ni yo mismo lo creo todavía— hasta dónde puede llegar la maldad humana. Antes de la noticia, que no parecía llegar, me imbuí en varios dilemas. Uno de ellos se me imponía con la terquedad de un martillo: ¿qué hacía en Nueva Zelanda si ya había perdido mujer y casi hijos, si me había rodeado de amantes que duraban una sola noche y si la miseria humana abundaba también en una sociedad que aparece en las estadísticas como libre de toda corrupción? No está de más dar un ejemplo. Un día después de haber dejado la grabación en la comandancia de policía, recibí un mensaje del jefe del departamento: decía que el vicerrector tenía algunos cuestionamientos sobre mi plan de investigación para finales de año, en el que le había solicitado quince días extras para terminar mi libro sobre los poetas de la generación del 30 en México: Lizalde, Pacheco, Deniz, etcétera. En realidad era un libro que tenía casi terminado, y lo que realmente requería eran días para olvidarme de todo el mugrero que es la academia; por eso había hecho la solicitud, porque no se puede escribir un libro sin entusiasmo, y yo no lo tenía; ni siquiera tenía motivos a la vista que me reconciliaran con ellos. Además, en ese momento tenía temor de la resolución de la policía, que no sabía qué terreno me haría pisar, o si ya me estaba hundiendo. La ausencia de Maki me era también

adversa. ¿Cómo podría haberse olvidado de mí, después de haber vivido conmigo casi veinte años? No puedo evitar recordarla diciéndome, mientras hacíamos el amor, que yo era el amor de su vida, que jamás me olvidaría, y que si yo la dejaba o me moría, ella se quedaría sola y moriría de soledad, como mueren las plantas de sol bajo la dura sombra. Yo le decía que no sería así, y ella, insultante, fuera de sí, me repetía que ella no era igual a las putas con las que me había acostado. No había pasado siquiera un año y ya no tenía el pudor de contestarme una simple llamada. Aquel día, pues, estaba en la oficina terminando unas traducciones cuando recibí el mensaje del jefe del departamento. Que quería hablar conmigo. Que si podía antes o después de mi clase, me preguntaba. Le dije que estaría en diez minutos ahí. Y así fue. Me estaba esperando en su oficina, con cara compungida, como si en la resolución que iba a darme su malicia no hubiera tomado parte. Me senté. Cuando vi que puso la solicitud de permiso sobre la mesa, supe que no eran buenas noticias las que recibiría. No lo supe, más bien lo confirmé. Richard me dijo que el vicerrector tenía algunas objeciones respecto a mi solicitud. Me explicó que estaba pidiendo muchos días y que el vicerrector no estaba muy contento con eso. Le argumenté que eran días prácticamente estériles aquí, sin estudiantes, sin nada, y que, en cambio, resultarían fértiles en México para mi escritura. Me dijo que él lo entendía pero que no era una decisión suya, sino del vicerrector. Luego, titubeante, como si lo evidente hubiera empezado a rasgarle las vestiduras, me advirtió: no es nada personal. No quise ser elusivo, y le asesté: tú sabes que es personal, Richard. El muy imbécil agachó la cabeza; no tuvo el valor de aceptar que se estaba cometiendo una canallada en contra mía. Lo que estoy prometiendo es un libro, Richard, no fotografías de mis paseos por la ciudad. ¿Eso no lo puede entender el vicerrector? Dije vicerrector pero en realidad se lo estaba preguntando a él, poniendo también

sobre la mesa nuestra supuesta amistad y todo lo que estaba haciendo para que no lo removieran de la jefatura del departamento. Siguió con la cabeza agachada. No he querido mencionar la palabra *racismo* ni *discriminación*, dije, pero bien podría hacerlo. Entonces Richard levantó la cabeza y sacudió las manos, no sé muy bien si para defenderse a sí mismo, para defender al vicerrector o para defender a su país, pues la palabra racismo o discriminación es algo que cala hondo, aunque se practique consuetudinariamente. Sacudió las manos con todo y mi solicitud de permiso. Quiso articular una palabra, pero las comisuras se le cerraron como se cierra la puerta de las celdas en los reclusorios. Le pedí que me dijera cuántos días tenía que cortar y lo haría con gusto: ¿cinco?, ¿diez?, ¿quieres que quite de la solicitud todo el plan de investigación? Como si de un momento a otro se hubiera convertido en un tarado, Richard me dijo que buscara la manera de reducir el número, o sea, recorrer los días, esto es, buscar la forma de que el vicerrector no pusiera otro pero. Pero cuántos te parecen bien, insistí: ¿cinco?, ¿diez? Sí, reducir el número, o sea, recorrer los días, esto es, buscar la forma de que el vicerrector no ponga otro pero. Sabía que no iba a llegar a nada; entonces le dije que volvería en unos minutos con una propuesta. Fui a la oficina y modifiqué el oficio de solicitud, con los dientes trabados hacia dentro. En lugar de quince, reduje a diez. Imprimí, firmé y volví. Richard me dijo que le seguían pareciendo muchos. Entonces volví a preguntarle: ¿cuántos días más consideras que reduzca? No supo qué decirme. Le expliqué que necesitaba esos días para terminar mi libro sobre la generación del 30, pero ya no me escuchaba. Cinco más, atinó a decir. ¿Seguro? Sí, consintió. Realicé la misma operación y volví. Le entregué el oficio y le pedí que me dijera lo antes posible la resolución porque necesitaba comprar los boletos de avión con tiempo. Luego el precio se va por los cielos, advertí. Discúlpame, respondió, refiriéndose

a la solicitud, sin notar que yo me había dado cuenta de que él también estaba implicado en el embuste, pues de haber querido me habría autorizado diez días sin necesidad de darle parte al vicerrector. De once días en adelante tiene que aprobarlo el vicerrector, pero de diez hacia abajo no es necesaria más que la aprobación del jefe de departamento. Por eso lo miré a los ojos y le dije: no te preocupes, estas cosas son así. Richard quiso congraciarse: pero seguramente el próximo año será distinto. Claro, le dije. Dejé entrecerrada la puerta de su oficina y volví a la mía, más bien atribulado. Los días que siguieron fueron de hastío. No podía creer que a una misma persona se le juntaran dos, tres, cuatro días sólo de malas noticias, y que en el mundo, en cambio, hubiera quienes nunca habían tenido una sola desgracia en su vida. Y todavía me faltaba enterarme de la resolución de la policía, que estaba por venir, pero en ese momento no daba ninguna señal de vida. ¿Qué hago en Nueva Zelanda?, pensaba en ese momento, parado frente a la ventana de mi oficina, mirando hacia la biblioteca, estudiantes que entraban y salían, uno que otro profesor de la División al que reconocía por su modo encorvado de andar, su desgana o incluso por esa forma de parecer que van a alguna parte, cuando en realidad no hacen más que dar vueltas alrededor de su propia derrota. Uno a veces está en un lugar, me decía en aquel momento, sin saber muy bien por qué; hay algo más profundo e innombrable que nos ata a una ciudad y sus calles, un aroma, el miedo a la mudanza, el mal hábito que tenemos de sufrir. O una combinación de todo eso. Quién carajos lo sabría.

VEINTIDÓS

Hay algo que no había contado porque no lo recordé sino hasta después del desaguado con el jefe de mi departamento, y fue emergiendo en las semanas que transcurrieron entre el día que entregué la confesión de Ben y la conferencia de prensa de la policía. Tal vez lo recordé no sólo porque me hubiera defraudado la actitud de Richard, a quien consideraba un amigo, sino por las expectativas que se me abrían con la declaración oficial de la policía, sin duda perros sabuesos husmeando las tierras húmedas de los bosques en busca de la presa recién muerta. En cualquier caso, tuve que admitírmelo (un poco horrorizado y con otro poco de fruición) a mí mismo: sí había tenido una relación sexual con Sara. Había sido un caso aislado, que sucedió una noche emborronada, neblinosa, y después de una lectura poética en el Circadian Rhythm, adonde había ido más por la insistencia del jefe de mi departamento que por mis propias ganas de ir a escuchar a una serie de poetas malogrados, quienes no encontraban otra forma de desahogar su furia lírica que leer sus poemas frente a una audiencia de fantasmas. Sara, que escribía poesía y pretendía iniciarse en tan decepcionante oficio, estaba ahí sentada justo a un lado del lugar donde Richard y yo habíamos colocado nuestras sillas. Debido a que llevaba un gorrito de duende y el pelo suelto, además de anteojos un poco psicodélicos, que nunca antes le había visto, y los labios pintados en un tono de rojo

chillante, no la había reconocido, hasta que me tocó en el hombro. La saludé con cierta reticencia, reprimiéndome el placer que me daba encontrarla esa noche, pues no quería que Richard notara la familiaridad que tenía con ella. Ella notó mi parquedad y retiró rápidamente la mano. Saludó entonces a Richard, quien refirió que había sido su estudiante en el curso de Comunicación Intercultural. ¿En serio? Sara movió la cabeza de arriba abajo y después una voz dijo su nombre, desde el micrófono, llamándola para que pasara a leer, porque la lectura estaba organizada en ese orden: primero el micrófono abierto para los poetas aficionados, y luego los poetas de renombre invitados para esa noche, que no recuerdo quiénes eran en ese momento, tal vez Emma Neale y Sue Wootton. Sara terminó su lectura envuelta en aplausos. Recuerdo que hasta Richard volteó a verme, gratamente sorprendido. Como me cuesta todavía entender muchas palabras y expresiones idiomáticas del inglés, fue difícil valorar para mí si lo escrito por Sara era bueno o no, y en realidad también fue difícil aceptar a pie juntillas la valoración de Richard, pues los kiwis, en aras de no ser maleducados, suelen ser tan falsos como los mexicanos. Algo me había sonado bien en la poesía de Sara, cierta cadencia o repetición de tonos, pero nada suficiente como para poder emitir cualquier juicio. Lo que realmente me había gustado era que Sara era otra Sara, distinta a la que acudía cada semana a mi clase. Haberla encontrado en un contexto inusual creaba una sensación también distinta de posibilidades. Dejaba de ser una relación entre un maestro y una alumna, para convertirse en una entre un poeta y otro, como lo era ella y lo era yo. Sara volvió a sentarse en medio de Richard y de mí, y continuó hablando con nosotros toda la noche, bebiendo vino tinto, que yo invitaba, no sólo para quedar bien con el jefe, sino también con ella, que lo aceptaba de buena manera. Al terminar la lectura poética, Richard argumentó que tenía que irse para

evitar ser arrollado por los conductores desquiciados que salen en las noches en la autopista a Christchurch y juegan a hacer volcar a los conductores, así que pronto nos quedamos solos Sara y yo. Como el resto de los poetas y la audiencia en el restorán seguían bebiendo, luego de despedirnos de Richard pedí otras dos copas de vino, que Sara bebió sin remilgos. Aun cuando en realidad no le había entendido casi nada a sus poemas, le dije que me habían encantado, y le repetí lo que Richard me había dicho de ellos pero haciéndolo pasar como mío, cosa que a ella la emocionó mucho, tanto que me cogió de las manos y me las apretó con fuerza. No fue el hecho de que me cogiera las manos lo que me hizo sentir que estaba cruzando ya hacia la otra frontera, ni siquiera la fuerza que imprimieron sus manos en las mías, sino su mirada en mis ojos y la forma en que, al hacerlo, se mordía el labio inferior de la boca, todo en un instante imposible de medir. Después de terminarnos la copa de vino, Sara me dijo que tenía que irse. Me lo dijo, en realidad, pidiéndome que la llevara, así que le pregunté lo que esperaba: ¿quieres que te lleve? Me dijo que sí, con la misma mirada, e igualmente mordiéndose los labios. Me despedí de Jacob, el organizador del evento, y de un par de poetas más, a los que había traducido hacía poco, y salimos. Como había dejado mi coche a la vuelta, todavía caminamos un poco por la banqueta, lo que me permitió imaginar, de pronto, cómo sería mi vida con una mujer casi veinte años menor que yo. No mi vida en general, como uno normalmente piensa, sino particular, esto es, cuando tuviéramos que compartir la pasta de dientes, subir la leña para la chimenea, ir a la compra al supermercado, dormir en las noches uno al lado del otro: ¿cómo sería mi vida así?, me preguntaba esa noche que caminaba con ella hacia el carro. El trayecto a su casa fue más bien parco, sin muchas palabras; los dos estábamos nerviosos de lo que el otro fuera a decir, quién lanzaría la proposición primera, cómo lo haría para no rasgar la noche o

cometer un estropicio; pero al estacionarme a las afueras de la residencia, fue ella quien puso la mano sobre mi muslo y me invitó a pasar. No hay nadie, todos se fueron al pueblo, dijo refiriéndose a las chicas con las que compartía habitación. ¿Y los guardias? ¿Y la recepcionista?, pregunté sólo por preguntar, pues en el fondo de mí ya había tomado una determinación. Hay una entrada por ahí —advirtió señalándola con el dedo— que da justamente a los dormitorios de atrás, sin tener que cruzar por la recepción. Nadie se dará cuenta, confirmo, al verme titubeante. Tenía miedo, a decir verdad. Había salido de una situación similar, por la que casi pierdo para siempre el trabajo, y ahora estaba en otra, sin saber muy bien cómo había llegado ahí. Sería ir muy lejos si doy, incluso, más detalles de lo que pasó en esos diez o quince minutos que estuve afuera, antes de proceder a ejecutar la resolución que ya había tomado, pero lo que no olvido es que Sara adelantó su cabeza, me cogió la nuca con su mano y me dio un beso desesperado, arrebatado, y temerario. Como existen personas que estamos hechas para el peligro, bajé del coche y entré por el atajo, detrás de Sara, no sin antes cerciorarme de que nadie me hubiera visto en la calle. Cruzamos un pequeño camino de tierra, bordeado de árboles, en el que tuvimos que usar la linternita del iPhone para no tropezarnos con ninguna piedra o golpearnos la cabeza con una rama, y luego subimos por unas escalerillas internas que conducían directamente a la habitación de Sara, todo ello sin levantar ninguna sospecha. Sara abrió la puerta de su dormitorio y me hizo entrar, luego de encender una lamparita, que emitía una luz discreta, lo que me impidió ver bien cómo era el lugar en el que vivía, cosa de la que ahora me arrepiento porque eso me habría ayudado a reconstruirla mejor, luego de su muerte. A veces pienso que hacer las cosas en la oscuridad ayuda a que la memoria no registre no sólo los detalles de los objetos que la rodean, sino los acontecimientos en sí, y tal vez por eso yo no había

recordado ese hecho, parte por eso, parte por la embriaguez y tal vez parte también por la coca que me había metido momentos antes de subir las escaleras hacia el dormitorio de Sara, mientras cruzábamos el atajo invadido de sombras. Lo que pasó dentro de la habitación sobra decirlo, pero no sobra decir, en cambio, que salí de ahí al amanecer, unos minutos antes de que empezara a clarear. No bien arranqué el coche y llegué a la siguiente esquina, vi un sol rojizo saliendo de detrás de la colina y una turba de nubes blancas, alargadas, moviéndose en dirección al sur. Haber recordado todo eso de súbito me puso, en aquel momento, vulnerable, ansioso, pero no tenía más remedio que cruzarme de brazos, o meter la cabeza, al menos, en una cubeta llena de hielo. Porque nada podía hacer ya para cambiarlo.

VEINTITRÉS

No había querido hablar de mi separación con Maki por una simple razón: seguía considerándola absurda. E injusta. Cada vez que pensaba en el tema, me llenaba de ira y quería salir de donde estuviera para ir en su busca y encararla, con la punta de un cuchillo puesto en su quijada. El primer error es pensar que la mujer con la que has vivido durante casi veinte años no podrá, un buen día, tomar la decisión de dejarte, de forma que hagas lo que hagas o pase lo que pase en sus vidas, aquello siempre terminará, como suele pasar, en la cama, en medio de abrazos y nuevas promesas. Yo lo creí así con Maki: que entre ella y yo había hilos irrompibles y nada ni nadie podía cortarlos, ni siquiera el filo de mis infidelidades, muchas de las cuales fueron probadas, es cierto, pero otras tantas no eran sino pura invención suya. Maki siempre tuvo la certeza de que si yo le era infiel era porque no la quería lo suficiente, afirmación que yo refuté cuantas veces pude argumentándole que lo único que me movía era el sexo. Yo quería tener sexo, nada más, con una y con otra y con otra, y ésa era una fuerza realmente irreprimible, parecida a la que empuja a los asesinos en serie, quienes empiezan a matar y luego ya no hay fuerza humana, ni divina, capaz de detenerlos. Era imposible que Maki me lo creyera, como imposible también que encontrara redención en la justificación de que mis infidelidades no tenían una causa determinada. Eran parte de

mi cuerpo y se habían formado en mi ser mucho antes de casarme con ella, antes incluso de llegar a la pubertad, en esa etapa de la infancia en que todos nuestros conectores emocionales, psicológicos y sensoriales se entrelazan con sus pares y hacen al hombre que uno será, para siempre, en el porvenir, y al cual, después, poco o nada puede hacerse para cambiarlo. Estaba convencido de que la misma explicación que daban para los asesinos en serie, cuando se buscaba ese instante en el que decidieron llevar a cabo sus monstruosidades, podía aplicarse también a los adúlteros. Es imposible saber qué detona o en qué periodo se define tal naturaleza, pero eso tiene que ser en algún momento remoto de la infancia, y para ello tienen que entrometerse en nuestra vida historias patéticas que nos atenazan por dentro y de las cuales no podremos librarnos nunca. No sé cuántas veces le pedí perdón a Maki por mis estropicios, de los cuales realmente me arrepentía; no podía evitar las situaciones en que me veía envuelto con otras mujeres. Pero Maki siempre me espetaba que era inconcebible que no pensara en ella, o en mis hijos, o en mí mismo, ni siquiera en las consecuencias que segundos después de consumado el hecho enfrentaría, cuando estaba con *mis putas*, porque así era como las llamaba: *mis putas*. Si bien es cierto que su conducta era más bien ejemplar, alguna vez también tuve que reprocharle que no me hubiera hablado nunca de un novio que tuvo en la preparatoria y del que me enteré por mera casualidad un día que, en medio de una crisis de ansiedad, pensé en la posibilidad de que antes de mí hubiera tenido una lista larga de hombres. Se lo pregunté aquella noche en la Feria del Libro de Guadalajara, con la certeza de que me iba a contestar negativamente, con lo cual podría salir del reflujó asfixiante y pasar a otra cosa; pero cuando me dijo que sí, que había tenido un novio en la preparatoria cuyo nombre prefiero no reproducir aquí, me sentí defraudado y timado; también me sentí un caradura y un pendejo, y debido a ello

mi vida a su lado empezó a no tener sentido. Ella me dijo que no debía perder la cabeza por algo que me había confesado desde antes de casarnos, pero yo estoy seguro de que no fue así, o tal vez sí, pero lo olvidé, como suelo olvidar muchos acontecimientos en los que he estado involucrado y en los que, algunas veces, he sido el protagonista. Por más que intentaba reconstruir aquella tarde en la que Maki me habló del novio preparatoriano, no podía verla con claridad ni borrosamente. Simplemente no podía verla, ni la recordaba. Maki me juró que me lo había dicho, como me ha jurado sobre otras situaciones que hemos vivido juntos y que yo he olvidado por completo, pero en el recuento que hice de todas las vivencias que hemos tenido sólo aparecía una revelación, que también soy incapaz de reproducir, pues aún me duele. ¿Por qué me sucede esto? Tampoco lo sé. El caso es que haber descubierto ese pasado desconocido de Maki me llevó a pensar en la lista de hombres que pudo haber tenido sin yo saberlo, pero sobre los cuales no quise indagar porque yo mismo habría podido lanzar una enorme piedra que se estrellaría contra mi propio rostro. Tuve días de impaciencia después de su confesión, y aunque ella me aseguró que se había tratado de una relación preparatoriana, que había durado una o dos semanas y en la que no hubo sexo, para mí el simple hecho de saberla entusiasmada, esperando en la esquina de su casa o en el jardín a otro hombre distinto de mí, me demolía por dentro. Verla mirando a los ojos de otro hombre, enternecida, sumisa, esclava de esa pasión, me resultaba intolerable. Esto, en parte, me redimió de muchas culpas, e incluso me hizo sentir con el derecho de seguir engañándola con otras mujeres, pues tenía que hacerla pagar por esa verdad que se guardó durante más de veinte años; tenía que ser castigada por eso, aunque me asegurara que si no había vuelto a tocar el tema no sólo había sido porque ya me lo había dicho antes, sino sobre todo porque nunca consideró que esa relación tuviera la menor

importancia. Sea como fuera, estábamos en igualdad de condiciones el día que decidió dejarme, con el pretexto de que eran imperdonables los excesos a los que me había llevado mi *depravación sexual*. Nunca me perdonaría que hubiera puesto en riesgo su vida y la paz de mis hijos. Esto lo dijo en clara referencia a mis dos últimas infidelidades. La primera con mi estudiante Natasha Colbert, gracias a quien casi pierdo mi puesto en la universidad, y la segunda con Bianca, la mujer de Wellington, quien, lo sabría tiempo después, declaró en contra mía en la policía, consiguiendo meterme de cabeza en el crimen de mi estudiante Sara Pike, por puro despecho. Mucho tiempo lamenté no haber entendido que cuando le dije al detective Riley, de la policía, que había estado en Wellington, la anotación que hizo en un margen del expediente y la nota apresurada que escribió en su agenda, como cuando uno no quiere olvidarse de una cita que considera de vida o muerte, eran la señal de que Bianca me había tendido una celada y luego había tirado la llave al río, a fin de que no pudiera encontrar la puerta para escapar de ella. En cualquier caso, Natasha y Bianca no fueron más que las gotas que derramaron el vaso de mi relación con Maki, aunque, atando cabos tiempo después, yo siempre pensé que la causa principal había sido realmente Tom, a quien Maki conoció en uno de los cursos ofrecidos por el Dunedin City Council, a los que empezó a asistir con una constancia y un entusiasmo inusitados. Qué más daba, entonces, si la causa había sido Natasha, Bianca o el afortunado Tom, cuando al final del día nuestros veinte años de vida juntos habían quedado patas arriba.

VEINTICUATRO

Liz me tocó en el hombro mientras sacaba unas fotocopias en el cuarto de fotocopiado del departamento. Giré la cabeza y lo que encontré fue la portada del *Otago Daily Times*. Pensé que quería mostrarme alguna de las fotos del evento que organizamos para promover las lenguas en la ciudad, una semana antes. Esperaba ver algo colorido, banderas, gente vestida con sus trajes típicos, manos levantadas. Cuando Liz se dio cuenta de que no daba con el blanco, llevó su índice al encabezado de una nota en la parte inferior derecha de la primera plana. Era la noticia sobre la resolución del crimen de Sara. Liz abrió los ojos, al ver los míos igualmente sorprendidos. ¿Puedo quedármelo? Sí, contestó, doblándolo y extendiéndomelo. Saqué las copias de la fotocopidora y fui a la oficina. Liz volvió a la suya, pero como noté que quería decirme algo más y no había podido porque en ese momento entró Richard interrumpiéndolo todo, le hice una seña para indicarle que más tarde volvería a hablar de los detalles. Abrí la puerta de mi oficina y la cerré tras de mí, aunque tenía hora de citas. No quería que nadie me distrajera. Habían pasado tres largas semanas sin saber nada sobre el caso. Extendí el periódico y lo coloqué sobre el escritorio. La historia estaba ahí, frente a mí, y yo en algún momento pensé que me encontraría con otro avance sobre el asunto, otra pista, otros testigos ofreciendo a medias su testimonio, más confusión y una conclusión cada

vez más lejana. Esta vez no era así. En el diario aparecía la foto de quien había asesinado a Sara, cubierta la cabeza con una toalla azul. Centré los ojos en las primeras líneas de la nota. Aunque estaba ansioso por seguir la flechita que auguraba más información al interior, tenía que empezar por el principio. La nota arrancaba diciendo que había sido detenida la asesina de mi estudiante Sara. Al llamarla asesina se descartaban todas las sospechas de que yo mismo fuera el asesino, pues aunque parecía una locura todavía tenía la sensación de que mi nombre brotaría de súbito entre las líneas que leía. Me relajé. La tensión que sentía en las pantorrillas desapareció. Entonces me acomodé en la silla, recargando la espalda y estirando los pies hasta el fondo del escritorio. Al leer el nombre de la asesina casi me fui de espaldas. Se trataba de Jeremy Mackenzie, amiga de toda la vida de Sara, compañera de habitación en la residencia y quien antes fuera la principal fuente de información de la policía para dar los pormenores de lo que pasó el día de la desaparición de Sara. Jeremy había salido varias veces en el periódico, consternada, con lentes oscuros, ofreciendo pistas posibles, incluso reconstruyendo los hechos de esa mañana, en la que estaba con Sara. ¿Qué la habría llevado a cometer semejante crimen? Di vuelta a la hoja y busqué la página donde la información continuaba. Apresuradamente, porque no lo podía creer. La historia se desplegaba en orden cronológico, y en la forma normal en que deben estar contadas las noticias. Jeremy, Sara y Sam, novio de Sara, habían sido compañeros desde la primaria. Jeremy era hija del dueño de la panadería del pueblo, y su madre ayudaba a atender el negocio, lo que los hacía estar todo el día metidos en el trabajo, mientras Jeremy se la pasaba en el segundo piso del negocio, que era donde vivían, viendo el televisor o jugando Xbox. Iba, como toda niña, a la escuela del pueblo; ahí conoció a Sara y a Sam. Toda la primaria la pasaron juntos, en el mismo salón, y la preparatoria también. Fue en

la preparatoria donde Sara y Sam se hicieron novios, lo que le pesó mucho a Jeremy, quien quería a Sam pero sabía de sus limitaciones: era gordita y su belleza no podía competir con la de Sara. Cuando terminaron la preparatoria y decidieron mudarse a Dunedin para continuar la carrera, Jeremy se las arregló para poder ir también a Dunedin y vivir con Sara, a fin de poder estar cerca de Sam. Lo consiguió, sin que Sara llegara a sospechar siquiera las malévolas intenciones de su entrañable amiga. Pero la relación de Sam y Sara, conforme pasaba el tiempo, se estrechaba más, e incluso Jeremy estaba siendo expulsada de su círculo de amistades debido a ciertas intrigas que la pareja había descubierto y que en algún momento lograron hacer tambalear la relación. Fue por esa época cuando Jeremy empezó con la idea de asesinar a su amiga, para así poder conseguir el objetivo que se le estaba yendo de las manos, pese a los sacrificios que había tenido que hacer, como adelgazar y someterse a un duro tratamiento contra las manchas de piel. Aquella mañana Jeremy había quedado en desayunar con una amiga que pasó por ella a la residencia, donde estaba Sara. Jeremy y la amiga se despidieron de Sara y fueron al restorán de la universidad, pero en el camino Jeremy le dijo a la amiga que volvería a su habitación a recoger su suéter, y que la alcanzaría más tarde; pero en realidad fue a pedirle a Sara que la acompañara a dar un paseo por el borde del río porque quería confesarle algunas cosas que sabía de Sam, y además mostrarle algunas fotos. Sara aceptó y fueron, saliendo por el atajo de atrás de la residencia, el mismo por el que Sara y yo entramos aquella noche fatal. Ya en el río, mientras Sara ponía los ojos sobre el agua clara, Jeremy, por la espalda, le dio un balazo en la cabeza, a la altura de la nuca. Usando de nuevo el atajo, Jeremy volvió rápidamente al desayunador universitario, donde se reencontró con su amiga, pero antes tiró la pistola en uno de los botes de basura que estaban a las afueras de

la residencia, dentro de una bolsa negra que el camión se llevaría esa misma tarde y de la que no se sabría nunca más, pues el cuerpo de Sara fue encontrado un par de días después. Como la policía tuvo problemas para determinar el tiempo de muerte, debido a que las condiciones climáticas y otros factores habían jugado en contra, resultó difícil determinar que en el lapso en que Jeremy fue en busca de su suéter se cometió el crimen de Sara; de ahí que ninguna de las líneas de investigación apuntara hacia ella. Sólo meses después, cuando Jeremy empezó a tener problemas psiquiátricos, en parte por la frustración de no haber conseguido el amor de Sam, como ella pensaba, pero sobre todo por el sentimiento de culpa que la acosaba, se vio empujada a realizar tales confesiones a la amiga de Ben, incluso la que hizo por escrito, en una carta ahora en posesión de la policía y entregada por el mismo Ben. En la narración de los hechos que había dado a la policía, y que se reproducía casi al final de la noticia que conmocionó a la comunidad universitaria y a la sociedad de Dunedin, Jeremy ratificó el contenido de la carta que le había entregado a su amiga, a su vez amiga de Ben, y los problemas psiquiátricos que había enfrentado luego de asesinar a Sara, a cuyos familiares pedía perdón entre llantos. Cerré el periódico creyendo todavía que en lo que había leído aparecía mi nombre, aun cuando lo había revisado con lupa y me había cerciorado de que no era así. Tenía la sensación, aun después de varios días, de que la policía emitiría otro boletín de prensa para indicar que Jeremy, en virtud de algún trastorno raro, por alguna razón insospechada, había decidido echarse la culpa, pero que luego de varias averiguaciones más, y de pistas sugeridas por ella misma, se había determinado que yo era el culpable, y que por eso mismo iban a detenerme a la brevedad. Volví a abrir el periódico y a revisar la nota. Nada mío aparecía. Aun así, sentía el corazón deshilachado por dentro. Cerré el periódico y salí de la oficina. Bajé casi

corriendo las escaleras y salí a la explanada, donde un sol quieto se derramaba entre los árboles, haciendo brillar sus hojas. Tomé aire con fuerza un par de veces por la nariz y luego alcé la vista hacia un puñado de nubes al fondo de la colina. No sabía si la pesadilla había terminado, pero empecé a caminar como si así fuera: hacia adelante.

VEINTICINCO

El último domingo de agosto salí de casa y subí al coche, a eso de las diez de la mañana. Maki, luego de una ausencia incomprensible, me había invitado a desayunar a su casa, para ver a los niños. Le pregunté si no habría problema con su pareja y ni siquiera me dejó terminar: no, no habría problema. Te lo pregunto por si acaso, insistí. No me contestó nada. Eso fue en la noche. Al día siguiente, domingo en la mañana, fui a su casa. Durante el trayecto en el coche me sentí extraño, otro hombre, yendo a visitar a la mujer a la que conocía mejor que a la palma de mi mano, y a la que ahora tenía que preguntarle si no tendría problema con su pareja por verme ahí, parado en medio de todos. ¿En qué momento se rompen esos filamentos que nos unen? ¿En qué momento se desgastan los hilos de los que hablaba Bukowski en aquel bello poema? No hacía mucho que yo era capaz de determinar, incluso, hasta el momento en que podía hacer el amor con mi mujer, cogerla de un hombro, besarla, desnudarla, y ahora, como si se tratara de una forastera o una nueva vecina del barrio, tenía que preguntarle si podía verla. Preguntárselo, que es lo peor de todo, titubeante, con miedo, nunca más con aquella certeza del que sabe que es dueño de algo, tiene propiedad y puede poseerlo en cualquier momento. Cuando Maki y yo vivíamos juntos siempre me intrigó la idea de las parejas que pasan media vida unidas y después se abandonan, encuentran otra pareja e inician una

nueva vida. ¿Se podrá eso de verdad?, preguntaba a Maki. Y ella, con la firmeza de la que siempre ha hecho gala, decía que no. Que era imposible. Lo mismo pensaba yo: cómo podrá alguien entenderse con alguien después de haber atravesado un mar de experiencias con otra persona, noches enteras haciendo el amor, días ebrios, costumbres domésticas, gustos, deseos, odios, manías, a tal punto que uno puede adivinar lo que el otro piensa o quiere. Hombre y mujer hechos uno ya, sin posibilidad de que sea de otra manera. Mientras bajaba del coche, estacionado en casa de la pareja de Maki, pensaba que la vida tiene misterios imposibles de desvelar, rutas insólitas, paraderos insospechados. Nada está escrito, y lo que ha logrado escribirse puede borrarlo la más ligera ventisca. Somos tan sólo esas frágiles ramas de un árbol siempre a punto de caer. Toqué la puerta de la casa y salió Tom limpiándose las manos con una toallita. Pasa, me dijo con familiaridad, como si no le importara que yo fuera el hombre con el que su pareja se había acostado y revolcado en la cama durante casi veinte años. Luego de entrar me ofreció una cerveza y yo se la acepté. Mis hijos salieron entonces y me saludaron con un abrazo. Julieta con un beso. Su abrazo se quedó pegado a mi cuerpo y no había forma de que se soltara, como si intentara decirme algo que no lograba descifrar. Sentí un dolor profundo en la mitad del pecho: como si alguien me lo estuviera cavando con una pala. Mi hijo fue más reticente. Se dio la media vuelta y dijo que le avisaría a su mamá. Yo no creí que fuera a estar Tom, en realidad. Cuando Maki me dijo que no habría problema pensé que se refería a que estaría sola y podría visitarla sin problema, pero tampoco era improbable que Tom estuviera ahí, pues los neozelandeses tienen la mente muy abierta y uno puede encontrarse con peores fatalidades. Tom me pidió que me sentara a la mesa, donde colocó una tabla con quesos, galletas y aceitunas. No tuve más remedio que preguntarle cómo iban las cosas. Se

mostró entusiasta y me respondió que bien, pero que ahora el negocio de la venta de casas no estaba en su mejor momento. Me explicó que los bancos habían subido el depósito un diez por ciento y eso había bajado mucho la venta, pero estaba por instrumentarse una nueva política que lo cambiaría. Mientras me lo contaba preparaba un omelette con cebolla, pimienta roja y champiñones. Usaba un mandil. Lo veía contento. A los pocos minutos salió Maki secándose el pelo con la mano metida detrás de la nuca, sacudiéndola de arriba abajo. Los niños estaban dentro. Mi hijo jugando al Xbox, porque podía escucharlo hablar con alguien más, y mi hija seguramente en su habitación armando legos. Maki se acercó y me dio un beso en la mejilla; luego le dio un beso a Tom en la boca. Tom le palmeó una nalga y le pidió que lo ayudara a voltear el omelette, para que no fuera a quemarse. Ay, gritó Maki mientras lo hacía; acomodó la cacerola y palmeó a Tom amorosamente, lo que me hizo sentir expulsado, extranjero. Cuando Maki vio que me limpiaba la boca con el antebrazo de la camisa, me trajo una servilleta, tal como hacía siempre en casa al verme en situaciones similares. Siempre se le olvidaba poner servilletas en la mesa y siempre tenía que recordárselo de esa manera, pasándome el antebrazo por una de las comisuras. Se sonrió conmigo, esta vez con una sonrisa que no le había visto en todo el tiempo que teníamos de separados. Se sonrió como si por fin me hubiera perdonado. Yo también me sonreí. Me dieron ganas de darle una palmada en una nalga, pero me di cuenta de que ese derecho ya no lo poseía yo, sino Tom, quien al sacar el omelette y ponerlo sobre un plato blanco y grande, le dijo: quedó maravilloso, mi vida, y le dio otro beso en la boca. Maki llamó a los niños para desayunar. Tom se quitó el mandil, abrió otra cerveza y se sentó a la mesa. Maki se amarró el pelo por detrás, en un chongo, y cerró la ventana porque le pareció que estaba entrando mucho aire frío. Los niños volvieron y se sentaron

al lado de Tom, primero Julieta y luego Julio. Maki quedó en una de las esquinas, cerca de la cocina, como acostumbraba por si se requería traer algo rápidamente (un tenedor, una cuchara, un vaso). Le estaba contando a Roque que es imposible comprar casas ahora, deslizó Tom. ¿Cómo ves?, adelantó Maki. Mi hijo me pidió que le pasara un trozo de queso, y se lo alcancé. Julieta me observaba sin saber muy bien qué hacía yo ahí, pero con sus ojos tristes. Así está la vida de dura, dije, respondiéndole a Maki, quien me sonrió con ternura. Tom no entendió la indirecta y dijo que eso iba a cambiar apenas los bancos entendieran que iban por el camino equivocado. Le dije que ojalá lo entendieran, que no sabía cuánto lo deseaba, y que cambiaran por fin de opinión. Lo dije mirando directamente a los ojos de Maki. Tom, que tampoco esta vez entendió la indirecta, dijo que ya vería que sí, que esas políticas tardan más en imponerlas que en deponerlas. Maki me miraba a los ojos sin parpadear. Mis hijos comían. Tom devoraba el omelette sin siquiera levantar la vista, con la cabeza metida entre el pimiento rojo, los champiñones y la cebolla. Es lo que más deseo, Tom. Es lo que más deseo en la vida, dije de nuevo, mirando a los ojos de Maki. Entonces cogí el tenedor y el cuchillo, y empecé a cortar el omelette, con la esperanza de que cuando lo terminara todo volviera a ser como siempre fue.